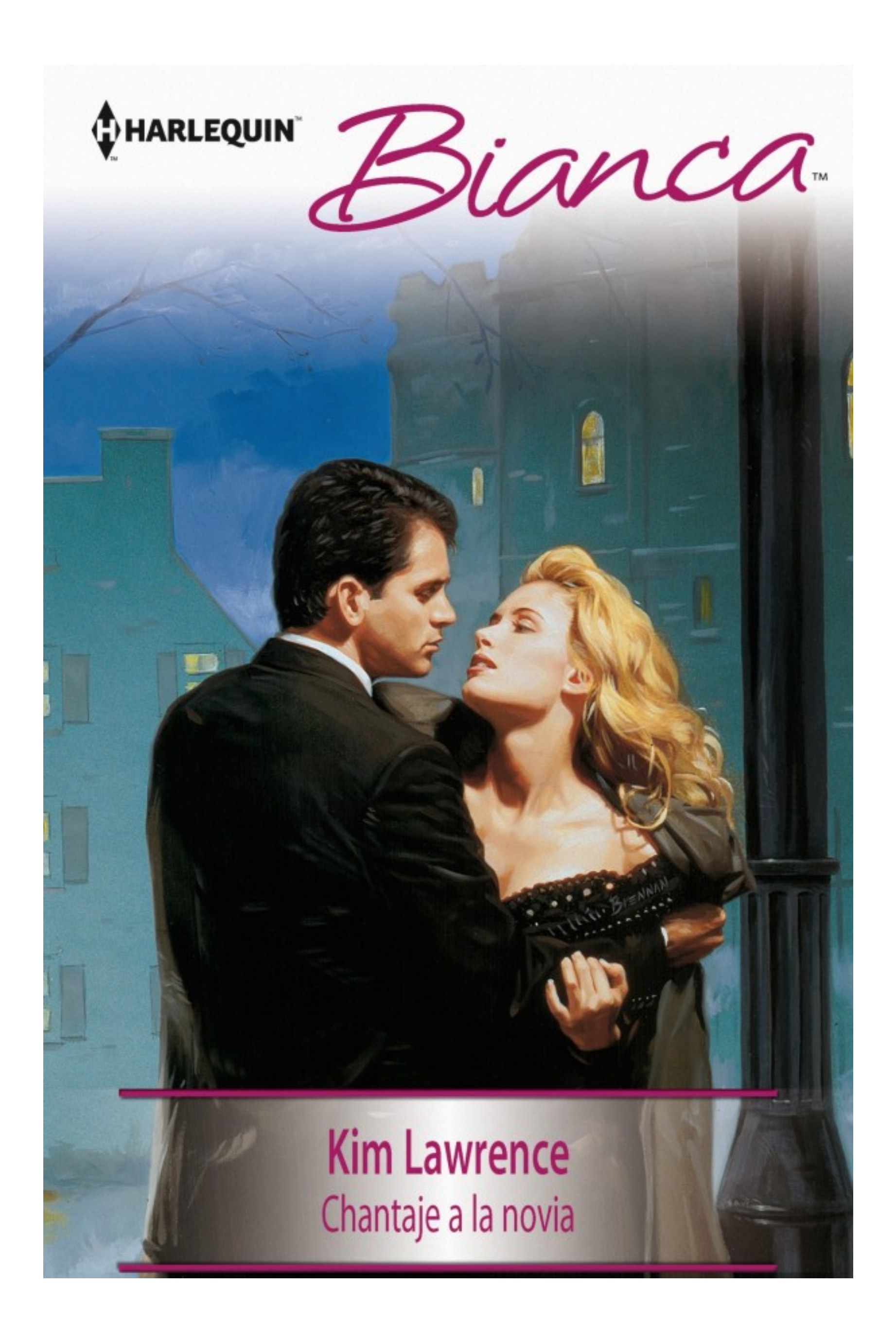

HARLEQUIN
Bianca
Kim Lawrence
Chantaje a la novia

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Chantaje a la novia, n.º 1378 - agosto 2015
Título original: The Blackmailed Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-6849-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Tras cruzar las imponentes verjas, Javier enfiló por el serpenteado camino de entrada, bordeado de olivos, hacia la torre morisca que se erguía contra el paisaje montañoso. Estacionó el Mercedes junto a un destartalado Escarabajo que más parecía chatarra entre los lujosos coches.

Así que Serge aún no había logrado que Sarah se deshiciera de su viejo vehículo. Aunque era una mujer tolerante, de buen carácter capaz de hacer cualquier cosa por su marido, tenía unas cuantas debilidades que defendía a toda costa.

Javier seguía soltero aunque no le faltaba la compañía femenina. Sin hacer demasiado esfuerzo, más bien ninguno, siempre estaba rodeado de atractivas mujeres, pendientes de sus palabras; pero ninguna le había interesado de forma especial entre sus numerosas admiradoras. Nunca se le había pasado por la mente pensar que cuando la descubriera, si llegaba a suceder, tal vez ella no mostraría el menor interés en él.

Y entonces había conocido a Sarah.

En la actualidad tenía treinta y dos años y no daba nada por sentado y, según le gustaba pensar, se había vuelto más perspicaz respecto a las mujeres; tal vez demasiado, según el criterio de su abuelo que deseaba ver al heredero de su elección felizmente casado.

Javier podría haber optado por lo fácil y haber elegido una consorte adecuada, una mujer de su misma clase social, capaz de enfrentar el desafío de formar parte de una de las familias más adineradas de Europa, como su padre lo había hecho. Y ese era el problema, porque cada vez que Javier se sentía tentado a elegir el camino más fácil, se le aparecía el fantasma de la desastrosa unión de sus padres.

Antes de abandonar la propiedad familiar en Andalucía para viajar a Mallorca, su abuelo le había dado un ultimátum.

–¡Cásate antes de mi muerte o le dejaré todo a Raul o a uno de

los otros! –Felipe Montero había amonestado dramáticamente a su nieto favorito.

La reacción instantánea de Javier se había manifestado en un arranque de ira ante el nada sutil chantaje del abuelo. ¿Es que lo conocía tan poco como para imaginar que podía comprarlo?

Se volvió hacia Felipe orgullosamente, pero lo que vio en el arrugado rostro del anciano le hizo morderse la lengua.

Javier no se hacía ilusiones acerca de lo que su abuelo era capaz de hacer; sin embargo, taimado como era, sus manipulaciones nunca habían sido tan crudas, y más significativo aún, nunca había visto el miedo retratado en su rostro.

–Todavía te queda mucha vida por delante.

Felipe sonrió.

–No, no viviré mucho tiempo. Los médicos me han dado seis meses a lo sumo.

Javier quiso decirle que eso no podía ser posible; sin embargo, como buen conocedor de la naturaleza humana, no lo hizo. Se limitó a asentir con la cabeza. No quería insultar a su abuelo poniendo en duda tan grave pronóstico.

–¿De qué se trata?

–Cáncer. La maldita enfermedad ha invadido mis pulmones. Así que ya no vale la pena dejar esto –dijo al tiempo que aspiraba con fruición el humo de su cigarro–. Y no se lo digas a nadie. Si la noticia se supiera, la compañía perdería millones y no me cabe la menor duda de que todos empezarían a tratarme como a un viejo chocho –añadió con un temblor en la voz.

–Nadie hará eso.

En la mirada que intercambiaron ambos hombres había una promesa silenciosa.

–Si realmente te preocupas por mí, demuéstramelo –Felipe lo provocó con astucia–. Cásate con Aria,… ella está enamorada de ti.

Javier respondió con una risa irónica.

–Nunca te das por vencido, ¿verdad?

Si alguna vez se casaba no lo haría con alguien que lo amara, alguien a quien pudiera dañar, como su padre lo había hecho con su madre.

Su madre, frágil criatura, nunca había entendido que lo único que se esperaba de ella era que siempre luciera atractiva, criara

bien a su hijo, se comportara como una perfecta anfitriona y fingiera no enterarse de las infidelidades conyugales de su marido.

–Esto no es para reirse, Javier. La continuidad, los lazos consanguíneos son importantes: necesitas tener hijos.

–Lo siento, pero no puedo.

La idea de perder su herencia no atemorizaba a Javier. Incluso hasta le habría gustado aceptar ese desafío. Tal vez era más valioso saber que todo lo conseguido en la vida se debía al propio esfuerzo más que a la suerte de haber nacido en el seno de una poderosa dinastía.

La riqueza tenía sus privilegios, pero a Javier le habían enseñado que también exigía grandes responsabilidades.

En ese momento, Felipe escrutaba la expresión inflexible en la cara de su nieto con creciente frustración.

–Supongo que tu negativa se debe a esa rubia tonta que Serge te arrebató bajo las narices. No me mires tan sorprendido –rio–. ¿Crees que soy tonto? Si quieres mi opinión, habría sido una relación desastrosa –añadió. Javier se tragó la rabia con dificultad–. Demasiado dulce y maleable. Necesitas alguien con más temperamento.

–Como Aria –cortó Javier secamente

–Bueno, tampoco tiene que ser precisamente ella –concedió con un gruñido–. Pero si quieres ser mi heredero tendrás que casarte, y pronto.

–No deberíamos discutir…, no ahora…

–¿Y por qué tenemos que cambiar la costumbre de toda una vida? Si empiezas a estar de acuerdo conmigo, la familia va a sospechar que algo malo sucede y no seré capaz de resistir el trato amable de todo el mundo –se estremeció el anciano.

La combustible relación de Javier con su abuelo a veces era conflictiva aunque la familia no comprendía el profundo respeto que los combatientes sentían el uno por el otro.

–Lo siento.

–Eres un idiota testarudo –despotricó el anciano.

Hombre de extraordinaria autodisciplina, Javier apartó los asuntos personales de su mente y bajó del lujoso Mercedes.

Hacía muchísimo calor en Mallorca ese mes de julio, pero

apenas lo notó.

Echó un vistazo a su costoso pero discreto reloj metálico y asintió: todavía le sobraban unos cuantos minutos. Para su mentalidad, la puntualidad era simplemente cuestión de buena educación.

A medida que avanzaba por la entrada trasera del gran edificio de piedra, su experto ojo crítico no encontró ninguna imperfección en los deliciosos jardines colgantes y en la arboleda de las amplias áreas verdes. La zona de la piscina estaba casi desierta, con unos pocos turistas tendidos bajo el fiero sol del mediodía mallorquín.

–¿Lo has visto? –cuchicheó emocionada una turista que salía de la piscina a su marido adormilado–. Es Javier Montero –añadió sin dejar de observar al hombre alto que, vestido con un exquisito traje de corte impecable, estrechaba amablemente la mano a un jardinero de edad antes de continuar su camino.

–Veo que se te cae la baba, Jean. Piensa, mujer, ¿que tendría que hacer aquí Javier Montero?

–¿Y por qué no? –replicó ella al tiempo que, con un movimiento de la mano, abarcaba los extensos campos que circundaban la gran casa de campo mallorquina del siglo XIII con su torre árabe–. Es el dueño de este lugar.

Enclavado en la Sierra de Tramontana, el exclusivo hotel era un refugio para personas que deseaban retirarse a un lugar que combinara un ambiente histórico con instalaciones modernísimas, alta cocina mediterránea y atención esmerada del personal.

Naturalmente que esa combinación era muy cara, pero no más que los otros dos hoteles que los Montero poseían en la isla.

–Claro que sí –dijo el marido–. Este hotel y sabe Dios cuántos más en el mundo, aparte de la compañía aérea, los caballos de carreras y los intereses inmobiliarios. ¿Existe algo donde los Monteros no hayan puesto un dedo…? –se preguntó con envidia–. Aunque dudo que alguien como Javier Montero se preocupe personalmente de la administración de sus hoteles –declaró antes de dormirse otra vez.

En eso tenía razón. Javier desplegaba sus talentos en otras actividades.

Muy pronto en curso de su carrera, Javier había desplegado una notable habilidad para detectar recursos mercantiles inexplotados.

Cuando un proyecto presentaba dificultades, ya fuera por conflictos laborales o disputas legales, Javier era la persona más indicada para solucionarlas.

Javier había tenido que viajar rápidamente a la isla debido a la información que en ese instante endurecía sus facciones naturalmente severas, aunque extremadamente atractivas, mientras llamaba a la puerta de roble macizo del despacho de Serge.

El fornido hombre que se encontraba tras el escritorio parecía incluso más alto que él.

–¡Javier! –Serge se levantó con una sonrisa de bienvenida y ambos hombres se estrecharon las manos y luego se abrazaron–. Hace tiempo que no nos veíamos.

–Es verdad –respondió Javier con una sonrisa–. ¿Como está el pequeño Raul y… Sarah?

Nadie que hubiera visto sonreír al Señor Hielo, como solían llamarlo, habría adivinado su dificultad para pronunciar ese nombre–. ¿Dónde está? He visto su coche…

–Se estropeó la última vez que estuvo aquí –admitió su amigo con tristeza–. Puedes reírte, Javier, pero no eres tú el que termina empujando ese maldito trasto. Aparte de su testarudo e irracional cariño por ese vieja lata con ruedas, Sarah está muy bien, aunque tu ahijado no nos deja dormir por las noches.

–Has hecho unas discretas indagaciones sin que yo te lo pidiera, ¿verdad?

–Todo lo que yo pueda hacer por ti es poco comparado con lo que te debemos, Javier. Aunque sé que no te gusta que lo diga.

–Tú no me debes nada. En cuanto al otro asunto –dijo cambiando abruptamente de tema–, ¿estás seguro, Serge?

Serge Simeone suspiró con una mirada preocupada.

–Me temo que sí. Los informes que te envié son auténticos.

–¿Y sabes quién es?

–Un tal Luis González, un camarero que trabaja aquí. Es joven, de unos veinticinco años. Llegó al comienzo de la temporada.

–¿Referencias? –preguntó Javier, controlando su impaciencia.

–Falsificaciones impecables.

–¿Nadie más implicado, a niveles más altos?

Serge negó con la cabeza.

–Bueno, al menos ya es algo –comentó Javier con una expresión

inescrutable.

Cuando se había enterado de que un empleado del hotel que poseían en la costa vendía drogas a los huéspedes, Javier, que no quiso arriesgarse a comprometer a ningún miembro del personal, prefirió acudir a alguien en cuya integridad confiaba plenamente.

–¿No has llamado a la policía todavía?

–Me pediste que esperara. ¿Qué vas a hacer, Javier?

El aristocrático rostro largo y angular de Javier había adquirido la consistencia del mármol. Serge sabía que Javier simpatizaba muy poco con el uso de la droga como pasatiempo, y menos aún con los traficantes, a raíz de que su hermana menor casi había perdido la vida a causa de su adicción.

–Vamos a hacerle una visita a Luis.

–¿No puede ser tan malo, verdad? –había dicho Kate Anderson antes de que su hermana le entregara las fotos silenciosamente. Luego intentó disimular su conmoción al observar las fotografías un tanto desenfocadas. De inmediato se dio cuenta de que no se trataba solo de un par de fotos de una chica sin sujetador en la playa, de las que incluso sus padres, tan conservadores, se habrían reído–. Podría ser cualquier persona, ¿no? –gruñó al tiempo que se las devolvía. Intentaba desesperadamente quitarle peso a la situación. Susie, tras romperlas, las arrojó al suelo.

Sin embargo, las hermanas sabían que ese gesto desafiante era inútil mientras los negativos no estuvieran en su poder.

–¡No es cualquiera, soy yo!¡Tienes que ayudarme, Kate! Tienes que hacer algo –exclamó Susie con una expresión que reflejaba su fe ciega en la habilidad de su hermana para sacarla del problema en que se encontraba. Después de todo, lo había hecho con éxito durante los últimos veinte años–. No puedes permitir que papá y mamá se enteren….me moriría…

Kate pensó que era más probable que eso le ocurriera si los padres le cortaban su generosa asignación de dinero.

–Eso sería… desagradable –admitió Kate al tiempo que pensaba en la cara de sus padres al contemplar las fotos de su hija menor semidesnuda. No quería pensar en las consecuencias si caían en manos de la prensa. Pensó en varios periódicos sensacionalistas que estarían encantados de publicar fotos comprometedoras de la hija

del juez de un tribunal de justicia.

–¿Y qué pasaría si le envía las fotos a Chris? Nunca creerá que yo no dormía con Luis.

–¿No lo hacías?

–¿Lo ves? Hasta tú lo crees. Luis era solo una diversión, solía acompañarme a las discotecas, era simpático… Tú no me crees –acusó de repente–. Puedo decir…

–Te creo. Ahora cállate, Susie. Estoy pensando –rogó Kate al tiempo que se concentraba en el problema.

La arruga entre las pobladas cejas que, igual que las pestañas, eran oscuras en contraste con el cabello rubio ceniza que ambas hermanas habían heredado de la madre, se profundizó mientras los dientes blancos y parejos mordían el labio inferior.

A diferencia de su hermana, los rasgos de Kate no eran del todo simétricos; la boca era demasiado grande y la nariz aquilina nunca había inspirado a ningún hombre. Los castaños ojos almendrados, sin duda lo mejor de su rostro, desgraciadamente a menudo se escondían tras unas gafas redondas con montura de metal.

Con o sin gafas, la primera impresión que la gente se llevaba de Kate Anderson era la de una mujer joven, de despierta inteligencia y agudeza, e inagotables reservas de energía.

«Susie se parece a mí; Kate es la más juiciosa». Kate había perdido la cuenta de las veces que había oído a su madre defender ante la gente sus supuestas deficiencias. «Lo que le falta en apariencia le sobra en personalidad», afirmaba su padre, más benevolente.

Kate había aprendido a convivir con esas certeras valoraciones. La sensatez le había proporcionado un estilo de vida que disfrutaba, aunque solo ocasionalmente. Al ver el modo en que los hombres reaccionaban cuando Susie entraba en una habitación, deseaba no haberse encontrado entre las del montón que esperaban adquirir alguno de sus atributos, como el *sex-appeal.*

Kate se acomodó en la silla de mimbre y alzó las rodillas hasta la barbilla. Su irritación salió a la superficie.

–¿Qué diablos te llevó a relacionarte con ese hombre? Se supone que estás comprometida con Chris. ¿Marchan bien vuestras relaciones o estás reconsiderando tu decisión?

–Kate, no empieces otra vez con eso de que soy demasiado joven

para casarme –rebatió Susie con el ceño fruncido–. No soy como tú. No quiero una carrera, y el hecho de estar comprometida no impide que me pueda divertir de vez en cuando –anunció con un brusco movimiento de su rubia cabeza.

Esa actitud no impresionó a Kate. Sabía que su hermana era voluntariosa, pero distaba mucho de ser insensible como pretendía aparecer.

–¡Divertirse! ¿No podías haberte dedicado a jugar al voleibol en la playa?

–Si hubieras venido la semana pasada como dijiste, no habría estado tan aburrida –dijo con una sonrisa llorosa.

Susie era muy capaz de dar vuelta a las cosas de modo que la responsabilidad última recayera sobre ella. Realmente era una chica imposible, pensó con triste afecto.

–Tenía que trabajar, y tú lo sabes.

–¿Trabajar? –bufó con enojo–. Solo piensas en eso. No me extraña que Seb te haya dejado. Perdóname, fue un comentario malintencionado –añadió con una mueca contrita–. Pero, incluso antes de que Luis apareciera, estas eran unas vacaciones infernales con papá y mamá deseando que los acompañara todos los días a visitar iglesias horribles y esas cosas. Siempre dije que a nuestra edad unas vacaciones familiares eran un problema.

–Pensé que habías cambiado de opinión cuando supiste que papá las pagaría –Kate no pudo evitar el comentario.

–Y agradezco a Dios que no reservaran hotel en ese horrible lugar en las montañas que a ti te gustaba tanto. Allí lo único que se podía hacer era contemplar cómo crecía el césped.

–Y tampoco había un Luis.

–Realmente, Katie –empezó Susie precipitadamente–, en cuanto a las fotos… Pienso que tal vez le echó algo a mi bebida cuando estábamos en la piscina. Apenas pude regresar a mi habitación. Me sentía tan mareada y solo había bebido una copa de vino blanco…

–¡Qué sórdido! Debemos llamar a la policía –exclamó Kate con repugnancia.

–¡Ponte seria, Kate! –rebatió Susie con desdén–. Podría darme de patadas. Normalmente soy muy cuidadosa en cosas como esas. Nunca dejo mi vaso en una mesa; siempre lo llevo conmigo. Y desde luego nunca acepto una copa de un hombre que no conozco…

–Desde luego –respondió Kate con voz débil.

A ella nunca se le habría ocurrido ser tan precavida como su hermana, aunque la verdad era que nunca había tenido una cita con un extraño. Sus pretendientes siempre habían sido amigos de sus propios amigos o compañeros de trabajo.

–Lo que realmente me sorprende es que nunca intentó tocarme. Lo que le interesaba era el dinero de papá y no mi persona.

–¡Gracias a Dios por eso!

–Me siento como una tonta. Ya empezaba a pensar cómo deshacerme de él diplomáticamente. Pensaba que estaba loco por mí. Dios, Kate. ¿Y ahora qué voy a hacer?

–No te aflijas Susie, todo saldrá bien. ¡Eso espero! –dijo Kate al tiempo que pasaba un brazo alrededor de los hombros temblorosos de su hermana y cruzaba los dedos a la vez.

–¿Entonces me prestarás dinero para pagarle? –Susie alzó la cara y la miró ansiosamente.

–No le vamos a dar ni un centavo. Conseguiré las fotos y los negativos.

–¿Pero cómo?

–Bueno, todavía no lo he pensado –admitió la hermana, con franqueza.

–Escucha, Kate. No creo que sea una buena idea. Quiero decir que Luis no te las va a entregar. Además, lo he visto hablar un par de veces con unos tipos de aspecto sospechoso. Realmente pienso que él mismo puede ser muy malo. Te digo con sinceridad que en parte me sentí atraída por eso… por la cosa peligrosa –añadió con una sonrisa turbada–. Sabes a qué me refiero –dijo al tiempo que la veía acomodarse las gafas en la nariz–. No, no creo que lo entiendas. Sé que piensas que soy un animal egoísta pero incluso no podría dormir si a ti te pasara algo.

–No te inquietes. No tengo intenciones de dejar que me hagan daño –afirmó Kate al tiempo que le limpiaba la nariz con un pañuelo de papel.

Kate había esperado una hora en la oscuridad vigilando la casa del personal hasta que estuvo segura de que no había nadie.

Cuando intentó abrir la puerta se sintió presa de los nervios; los fuertes latidos de su corazón apagaban cualquier otro sonido.

No recordaba haberse sentido tan asustada, ni siquiera la primera vez que tuvo que comparecer ante un tribunal de justicia como abogada recién licenciada.

Tras abrir la puerta con facilidad, deslizó la tarjeta de crédito, que había utilizado para ese propósito, en el bolsillo trasero del pantalón vaquero y se ajustó en la cabeza la capucha negra de la camiseta para cubrirse la melena rubia.

Luego paseó la linterna por la oscuridad de la habitación y se abrió camino entre la ropa desparramada sobre la alfombra mientras pensaba que esa empresa la hacía sentirse sucia. Cuando todo hubiese terminado se tomaría una copa y se daría un baño relajante.

Tras colocar la linterna encima de la cómoda, abrió el primer cajón con manos temblorosas. Entonces, al sentir que sus dedos tocaban un sobre grueso, decidió que ese era su día de suerte.

Pero su seguridad se transformó en pánico cuando de pronto un haz de luz proveniente de una poderosa linterna iluminó la habitación. Antes de poder volverse, un par de musculosos brazos la apresaron con tal fuerza que la levantaron del suelo.

Su escaso español no pudo comprender el significado de las furiosas palabras que silbaban como balas en sus oídos. La advertencia de Susie acerca del chantajista y sus siniestros amigos la impulsó a luchar desesperadamente. Con el brazo libre golpeó con fuerza hacia atrás para causar a su agresor el mayor daño posible. Una silla, diversos objetos y sus gafas rodaron por el suelo mientras forcejeaba desesperadamente por liberarse.

Aunque no era una mujer baja ni delicada, y a pesar de su esbeltez, muy pronto tuvo que aceptar que no podía competir con su agresor.

–¡Por favor… suélteme! –jadeó, todavía forcejeando.

–¿Inglés? ¿Eres inglés? –oyó una voz baja y educada en el oído.

«Debe de ser uno de los amigotes del camarero», pensó.

–Desde luego que soy inglesa –exclamó.

–¿Una mujer? –se oyó una voz al otro extremo de la habitación.

–Ya lo había notado –replicó su agresor antes de ponerse a hablar con el otro rápidamente en castellano.

«Seguramente discuten acerca de dónde van a deshacerse de mi cuerpo», pensó Kate al tiempo que intentaba en vano entender lo

que decían. «¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien me eche de menos?» Consternada, llegó a la conclusión que no sería sino hasta la mañana siguiente.

Se había excusado de cenar con sus padres alegando un dolor de cabeza y Susie había estado bebiendo hasta el momento en que Kate se había marchado, así que en ese momento tal vez estaría indispuesta o bailando hasta el amanecer en el club más cercano.

–Te voy a soltar, pero no intentes escapar.

Tras asentir con la cabeza Kate, decidió hacer lo contrario apenas tuviera oportunidad.

La joven sintió que el anillo de acero la soltaba y que sus pies volvían al suelo. Con la barbilla alzada, pero no demasiado, se volvió a sus agresores, cegada por el resplandor de la linterna.

–¿Quiere quitar eso de mi vista? –pidió mientras se protegía los ojos con una mano.

Sin las gafas, apenas podía distinguir la figura del que se encontraba más lejos. Sin embargo su agresor estaba lo bastante cerca como para verlo bien. Como ella, iba vestido de negro de pies a cabeza. Y ahí terminaban las semejanzas.

Aturdida, pestañeó varias veces mientras asimilaba los atributos del asaltante que, irónicamente, resultó ser el espécimen más perfecto del sexo masculino que jamás hubiera visto. Sus numerosos atributos incluían anchos hombros, caderas estrechas, largas piernas, y luego el rostro.

¡Qué rostro! Los suyos eran unos rasgos impresionantes: una frente alta, inteligente; una nariz un tanto aquilina, como una reminiscencia de la herencia árabe que ella había visto reflejada en muchos lugares de España, los bien esculpidos pómulos cubiertos por una piel bronceada, casi dorada. La boca era una intrigante combinación de control y pasión. Los ángulos sobresalientes y los planos esculpidos armonizaban delicadamente y conferían a su dueño un semblante que nunca pasaría desapercibido en una multitud de gente; pero en esos rasgos, combinados con unos incongruentes ojos azules bordeados de espesas y largas pestañas y unas cejas de ébano, lo excepcional se convertía en extraordinario.

A su vez, los asombrosos ojos azules se estrecharon mientras la sometía a un escrutinio tan exhaustivo como el de ella, pero lo que vio no pareció impresionarlo.

–Dígame, señorita, ¿dónde está González? –inquirió, impaciente.

Capítulo 2

Kate negó con la cabeza sin decir una palabra.

Él la volvió a mirar con ironía antes de disparar a su compañero una orden en castellano. El otro apagó la luz de inmediato.

Durante un momento hubo una oscuridad total y Kate frenéticamente empezó a especular sobre la posibilidad de alcanzar la puerta antes de que la atraparan. ¿Qué tenía que perder? «Mucho, y además no has conseguido las fotos», pensó.

–Ni se te ocurra.

Ella dio un salto al oír la sarcástica orden que surgió de la oscuridad y que hizo añicos sus intenciones de fuga. El segundo hombre descorrió la cortina y la luz de la luna se filtró en la habitación revelando el poderoso perfil de su agresor que tenía todo el aspecto de ser el jefe.

–¿Lo esperabas esta noche? –volvió a comenzar el interrogatorio.

–No conozco a González –rebatió la joven con franqueza.

Kate empezó a sospechar que se encontraba en medio de un problema entre delincuentes. No quería revelar accidentalmente nada que agravara más su situación.

Su candorosa respuesta no suavizó la expresión de su siniestro interrogador.

–¿Entonces llegaste aquí por casualidad? –preguntó al tiempo que sus ojos recorrían su vestimenta–. ¿Y vestida así? –sus labios crueles y fascinantes dejaron escapar una especie de bufido.

–Mira quién habla –replicó pasando la mirada de un hombre al otro, ambos vestidos de negro. Los labios de Kate esbozaron una sonrisa al pensar que los tres parecían encontrarse en una convención de ladrones disfrazados de negro.

–¿Te divierte todo esto? –preguntó el hombre con incrédula aspereza.

El segundo hombre se situó en la parte oscura de la habitación, al parecer contento de dejar que su compañero llevara el

interrogatorio. Tal vez, dada su musculosa apariencia, se encargaba de la parte física del negocio. Y no era que el otro necesitara alguna ayuda de ese tipo, pensó divertida mientras su mirada recorría el impresionante torso de su interrogador. «¡Para!», chilló una voz de advertencia en su mente.

Tras respirar hondo, ahuyentar el miedo y las especulaciones libidinosas, Kate intentó analizar la situación con objetividad. Al fin decidió que si quería salir de ahí, él era el hombre con el que tenía que hablar. Aunque su expresión no era nada estimulante. Había visto caras de piedra más suaves que esa mandíbula cincelada.

–Oh, sí. Me divierte mucho que un estúpido y enorme desalmado me asalte en la oscuridad –comentó con amargura al tiempo que se palpaba las costillas doloridas–. Con toda seguridad mañana tendré unos enormes cardenales –gruñó.

–Si soy un desalmado de escasa inteligencia, ¿no deberías tratarme con más respeto?

–¿Es eso una amenaza? –preguntó, atenta a la mirada alerta del hombre que indicaba un cerebro de una agudeza acerada.

–Si te amenazara lo sabrías de inmediato.

–No veo amenaza, solo una fanfarronada –con zozobra notó una chispa de interés en la mirada de rayo láser. Sin embargo, Kate no deseaba ese interés. Su liberación dependía de que él la considerara inofensiva y un poco tonta–. Estoy preparada para conceder a cualquiera el beneficio de la duda, pero en este caso no veo que la haya –declaró, a pesar de la reflexión anterior–. Eres un gángster perverso. Sí, probablemente debería callarme, pero cuando estoy nerviosa me pongo a parlotear…, siempre lo he hecho…

–Yo no creo que estés nerviosa –la interrumpió con suavidad–. Creo que tras esos ojos grandes y candorosos eres tan dura como una piedra. ¿Quedaste en encontrarte aquí con González? ¿O tal vez él te pidió que sacaras algo de aquí? ¿Sabe que andamos en su busca?… ¿Y bien?

–No logras nada con intimidarme –dijo Kate al tiempo que notaba una chispa de desconcierto en sus ojos y se preguntaba si era atrevida o simplemente estúpida al enfrentarse con él. La verdad era que no podía evitarlo; había algo en ese hombre que la empujaba a desafiarlo.

–No soy un matón –refutó, irritado.

Ella sonrió con cortés incredulidad al tiempo que le parecía oírle apretar sus perfectos dientes blancos.

–No sacarás nada en limpio porque no tengo la menor idea de lo que estás hablando –negó con un movimiento tan enérgico que la capucha se escurrió de la cabeza.

El hombre enarcó una ceja al ver que los cabellos rubio ceniza caían junto a sus mejillas. El estómago de la joven dio un vuelco cuando esos ojos de un azul eléctrico recorrieron su cuerpo con estudiada insolencia y se detuvieron en las zonas más relevantes.

El primer gesto instintivo fue cubrirse con ambas manos, pero al instante se dio cuenta de la ridiculez del aquel ademán y dejó caer las manos a los costados. En ese instante notó que tenía unas hebras de pelo oscuro en las mano cerrada. Abrió los dedos y se desprendió de ellos al tiempo que recordaba su forcejeo y el tirón de pelo que le había dado.

–O tal vez sabías que él no se encontraba aquí. ¿Esto es una iniciativa tuya? ¿Querías sacar partido de su ausencia? –preguntó sin quitarle la vista de encima–. ¿Qué iba a buscar en el cajón, Serge?

Era escalofriante. Al parecer ese hombre en lugar de sangre tenía agua helada en las venas, pensó Kate al tiempo que se frotaba los brazos donde empezaban a aparecer cardenales.

–Es cierto, no llegué aquí por casualidad –admitió incómoda mientras el tal Serge, con una rapidez sorprendente para su corpulencia, se dirigía a la cómoda.

La aprensión aceleró el pulso de Kate. Algo natural, dadas las circunstancias. Pero el problema era que había algo más significativo. La razón principal de su estado de nervios se debía al magnetismo de ese hombre. Lanzó una mirada airada al rostro moreno al tiempo que sentía una dolorosa punzada en su interior.

El hombre proyectaba una poderosa sensualidad. Nunca había visto nada parecido. Pero no era el momento adecuado para analizar tan intensa atracción hacia ese hombre de fría mirada. Necesitaba tener la cabeza despejada y concentrarse en la situación.

En todo caso, parecía que Susie no era la única Anderson atraída por el peligro, pensó en un rapto de humildad. Especialmente cuando el peligro se presentaba ante sus ojos con una apariencia tan espectacular.

–He venido a recuperar algo que no pertenece a ese tal señor González. Es… mío –declaró con calma, sin poder apartar los ojos de la corpulenta figura que revolvía el contenido del cajón y lo esparcía en el suelo. Sudorosa y consciente de la constante presencia de los ojos azules taladrando su cerebro, se mojó los labios nerviosamente.

Había conocido mucha gente culpable como para no darse cuenta de que ella misma manifestaba todos los signos de la culpabilidad.

–Creo que la sorprendimos con esto, Javier.

Kate no pudo evitar abalanzarse sobre las fotografías cuando el sobre pasó a las manos del tal Javier.

–Son mías –gritó.

Durante algunos segundos, Kate opuso resistencia a los dedos que se cerraron como garfios en torno a su muñeca; luego miró con resentimiento a su agresor al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas de dolor y frustración.

–No tienes derecho –su voz se apagó cuando los largos dedos del hombre conocido como Javier comenzaban a abrir el sobre.

Paralizada de horror lo vio sacar una foto y sostenerla en alto.

Kate sintió que le ardía la cara cuando la cínica mirada se desplazó desde la fotografía hacia ella y luego volvió a la foto antes de volver a meterla en el sobre. Luego sacó los negativos y los miró contra la luz. El leve temblor de la boca reveló su repugnancia y fastidio.

El tal Serge le disparó una pregunta en castellano que él respondió en el mismo idioma y que provocó una risa sorprendida en el otro. Kate apretó los dientes y los puños; toda su naturaleza se rebelaba ante las risas disimuladas de esos dos a expensas de Susie.

–¿Haces esto para ganarte la vida o solo es un pasatiempo?

«Piensa que son fotos mías», se dijo con la boca abierta por la sorpresa. En otras circunstancias le habría halagado que confundieran su cuerpo con el de su encantadora hermana menor, pero en ese momento solo se sintió enloquecer.

Si su adversario no hubiera reaccionado con tal sorprendente rapidez, el puño cerrado de Kate lo habría golpeado en la mejilla. Ella, que nunca en su vida había sentido la necesidad de recurrir a la fuerza bruta, experimentó un instante de confusión ante su

propia reacción, pero entonces un irrefrenable deseo de huir se apoderó de ella.

–¡Déjame marchar! –chilló al tiempo que le lanzaba una patada en la espinilla con los ojos llameantes y la respiración entrecortada de rabia.

–Ahora sí que te muestras tal como eres –oyó la desdeñosa observación–. Tranquilízate, gatita. No me interesan tus sucias fotografías, puedes quedarte con ellas…

Kate se sintió tan patéticamente aliviada que se habría puesto a llorar. Todavía jadeante, intentó mostrar un semblante digno mientras miraba intencionadamente los dedos morenos que aún le aferraban la muñeca y se esforzó por ignorar el desprecio de su tono. No se podía permitir el lujo de perder el control de sí misma; él tenía las fotos y por Susie tenía que conseguirlas, incluso a costa de un poco de humillación.

Sin embargo, le picaron los dedos de ganas de borrar esa especie de desagradable sonrisa que apareció en su cara presumida antes de soltarle la mano.

–Cuando me des la información que necesito –completó la frase con una burlona inclinación de cabeza junto a la sonrisa de cocodrilo que terminó por apagarse.

Los hombros de Kate se hundieron mientras sus ojos no se apartaban de las fotos, tentadoramente fuera de su alcance. Muy pronto llegó a la conclusión de que él estaba jugando al gato y al ratón con ella y que no había nada que hacer.

–No sé nada –suspiró apesadumbrada mientras se frotaba la muñeca; la huella de los fuertes dedos parecían marcadas en la carne.

–Deja de hacerte la inocente. Es obvio que lo conoces, a menos que envíes fotos pornográficas a gente desconocida.

La sensación de ultraje tiñó de rojo las suaves mejillas.

–No son pornográficas… son de buen gusto –terminó, incapaz de reprimir una débil mueca de duda.

–Sí, son puro arte –el hombre arrastró las palabras de modo insultante–. ¿Cuál es tu relación con él? ¿Es tu amante o tu proveedor?

–¿Proveedor? –exclamó al tiempo que los ojos se le agrandaban de pronto. ¡Drogas! ¡Oh, Dios! ¿En qué se había metido? ¿Luis

González había intentado introducirse por fuerza en el negocio de esos matones? ¿Ellos se encontraban allí para darle una lección o tal vez algo peor?–. Esto es un malentendido –tartamudeó–. No sé nada de drogas.

–Desde luego que no.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de frustración. Pestañeó rápidamente para evitar que escaparan. Si fuera capaz de llorar como Susie tal vez podría conseguir algo, pero no se imaginaba a ese hombre conmovido por su cara enrojecida y la nariz moqueando.

–¿Por qué no me crees? ¿Tengo aspecto de una drogadicta o algo parecido?

–¿Y cómo es el aspecto de los drogadictos?

Si hubiera tenido la habilidad para detectarlos, su hermana se habría ahorrado la agonía de los meses de rehabilitación, pensó Javier con amargura.

–Tú deberías saberlo. Es tu problema, no mío.

Él se puso rígido. No movió un músculo de la cara, pero los ojos brillaron furiosos.

–Las mujeres como tú son incomprensibles. ¿Por qué lo proteges? ¿Es por miedo o por un sentido equivocado de la lealtad? Un hombre como ese te arrastrará a su mundo sórdido y cuando hayas caído te abandonará.

Sin el menor aviso le aferró un brazo, rápidamente subió la manga de la camiseta y pasó un dedo con suavidad por las venas azules del antebrazo y de la muñeca izquierda. Bajo la luz que su ayudante prestamente dirigió sobre la zona, los ojos del hombre recorrieron la tersa piel en busca de alguna señal delatadora.

Al sentir su contacto, Kate sintió una descarga de calor en todo el cuerpo y solo pudo volver a respirar cuando él la soltó.

–¿Satisfecho ahora? –preguntó mientras se bajaba la manga con aire de dignidad.

–No del todo.

–Déjame a mí –Kate replicó sarcástica al notar su intención. Tras subirse la manga derecha estiró el brazo alzando la barbilla en un gesto desafiante.

Esperaba que él desviara la vista conmocionado, avergonzado o tal vez asqueado al ver la pequeña zona roja y arrugada de la piel

en la parte interna, sobre la articulación del brazo. También tenía otra más pequeña y menos abultada en el omóplato.

Era increíble cómo una pequeña mancha podía alejar a la gente. Hacía mucho tiempo que Kate había decidido que la aversión de los otros no era problema suyo y que no iba a vivir escondiendo o mostrando las cicatrices de su infancia producidas por un accidente doméstico.

Sin embargo, ese hombre no se alejó; ni siquiera fingió por cortesía no notar las marcas. Seb nunca se había atrevido a tocarlas, a pesar de asegurarle que no le importaban las cicatrices.

El llamado Javier no tenía esos escrúpulos. Tomó el brazo que ella le ofrecía desafiante entre sus grandes manos, lo torció ligeramente hacia un lado y luego pasó el pulgar suavemente sobre la zona dañada. Kate se estremeció y él alzó los ojos azules.

–¿Una quemadura? –preguntó sin una sombra de la compasión a la que Kate ya estaba acostumbrada.

–¿Siempre sientes esa curiosidad tan morbosa? –preguntó tras aclararse la garganta.

–¿Te incomoda hablar de ello?

Así que no solo era un loco malvado y peligroso, sino que además aprendiz de psicólogo

–No con maníacos homicidas.

–¿Conoces muchos?

Kate negó con la cabeza.

–La mayoría de los asesinatos son domésticos –declaró con fría autoridad mientras se miraba el brazo intencionadamente.

No era fácil mostrarse fría con ese hombre cuando el contacto de su mano todavía la estremecía.

Él se enderezó y sus ojos volvieron a encontrarse. Kate notó en ellos la capacidad de traspasar sus bravatas y percibir a la adolescente insegura que una vez había sido. Disgustada con la propia sensación de vulnerabilidad, movió la cabeza de un lado a otro para borrar la imagen mientras se bajaba la manga de la camiseta.

–Espero que no siempre vayas tan cubierta como ahora –dijo con severidad mientras tocaba la tela de algodón.

Kate decidió que toda la situación se volvía surrealista, pues ahí estaba, atenta a los consejos personales de alguien que aguardaba

en habitaciones oscuras para chantajear a traficantes de droga.

Tal vez a causa de su trabajo, Kate se había acostumbrado a comunicarse de modo casi personal con delincuentes; miraba la vida desde un punto de vista cínico y distorsionado, si es que había que creer la opinión de su madre.

–Solo cuando voy a robar a una casa –puntualizó, pero al instante se mordió el labio. La ironía no era un lujo que alguien se pudiera permitir en una situación como esa. Luego, alentada por la mirada divertida del hombre, miró hacia las fotografías–. Escucha –dijo en tono persuasivo–, sinceramente no conozco a tu amigo, así que ¿por qué no me marcho y me olvido de haberte visto alguna vez?

–¿Amigo? ¡Por Dios! –exclamó el hombre con furioso desprecio.

Asustada, Kate retrocedió y solo se detuvo al oír que el segundo matón se aclaraba la garganta intencionadamente. Tras mirar sobre el hombro, descubrió que hacia guardia delante de la única salida con las manos cruzadas sobre el amplio pecho.

–Te repito que no lo conozco. Me alojo en este hotel. He llegado hoy…

Mientras hablaba, el segundo hombre se aproximó al otro. Kate volvió la cabeza al sentir que la luz de la linterna otra vez le daba de lleno en los ojos.

–Si la dejamos marchar, podría avisarle de que vamos tras él.

Kate palideció.

–¿Qué quieres decir con ese si? Si me pones la mano encima o no me permites marchar armaré un escándalo.

El supuesto jefe parpadeó ante su tono.

–Si sigues armando escándalo un huésped o alguien del personal puede llamar a la policía.

–Muy bien, hagámoslo –sugirió Kate al tiempo que alcanzaba el teléfono y se lo tendía.

–Y naturalmente me sentiría obligado a mostrarles esto –insinuó mientras movía el sobre ante las narices de la joven.

–¿Y ellos van a creer vuestra historia? La policía me creería más a mí que a vosotros.

Por algún motivo desconocido, esa declaración provocó en el segundo hombre una risa que se apagó de inmediato bajo la dura mirada del otro.

–¿Lo crees así?

A Kate le pareció que el tal Javier no mostraba la intranquilidad que debería sentir un personaje como él ante la mención de las fuerzas de la ley. Tal vez escondía sus sucios negocios tras una fachada legal, especuló inquieta.

–Soy una persona muy respetable –declaró la joven.

–Bien, es posible que tu convicción y esos grandes ojos castaños me conmuevan, pero la policía suele exigir pruebas más concretas.

–¿Quieres una prueba? Bien –dijo con una sonrisa triunfal al recordar la tarjeta que tenía en el bolsillo–. Esta soy yo, K. M. Anderson –añadió mientras movía la tarjeta bajo las narices del hombre–. Comparto una de los casas con mi… con una amiga.

No había necesidad de implicar a Susie en el asunto.

–Podrías haberla robado –dijo tras echar una mirada a la tarjeta sin mayor interés–. De hecho y dadas las circunstancias, es muy probable.

El pecho de Kate se infló de indignación, gesto que no pasó desapercibido a su agresor, que se los miró con descarado interés. Kate sintió que su traicionero corazón se aceleraba.

–Una de las cosas que más detesto es que los hombres sean incapaces de mantener la mirada en la cara de una mujer cuando están hablando con ella –dijo con burlón desafío. El otro hombre dejó escapar una risilla–. Como decía –continuó ella tenazmente –, yo no he robado esta tarjeta. Es mía. La traje por si la puerta estaba …. –se detuvo en seco.

–¿Cerrada con llave?

Kate sintió que su culpable sonrojo se intensificaba

–Eres una mujer de muchos recursos. Todavía no me has dicho qué hacías aquí.

–¿Y por qué tendría que hacerlo? Vosotros tampoco me habéis dicho qué hacíais aquí y estoy segura de que no era debido a una invitación –murmuró.

–¡Silencio! –interrumpió el hombre antes de volverse a su compañero–. Serge, ¿has oído eso?

El otro hombre asintió con la cabeza.

–¿Podría ser González? –murmuró.

La luz se apagó repentinamente y Kate oyó unos pasos en el pavimento bajo la ventana. No le importó quién fuera, era la

oportunidad que había estado esperando. Abrió la boca para pedir ayuda.

Antes de poder dar la alarma, una mano le tapó la boca abierta mientras otra le doblaba el brazo detrás de la espalda.

–¿Quieres avisar a tu amante? –la fría y odiosa voz raspó burlonamente su oído.

Kate intentó volver la cabeza. Odiaba su desprecio, odiaba el aliento tibio en su cuello, y lo que era peor, temía la confusa sensación que le producía.

Morderle la mano con tanta fuerza como lo hizo no fue una respuesta de lo más sutil, pero en ese momento, Kate estaba desesperada.

Aunque él no gritó, pese a que ella pudo sentir el sabor salado de la sangre en la lengua, si que aflojó un poco la presión. Ese era el momento que Kate había esperado con tanta tensión. Con una súbita torsión del cuerpo se desprendió de él. Acto seguido agachó la cabeza, tomó impulso y se lanzó hacia adelante como un corredor de fondo, desesperadamente decidida a alcanzar la meta.

Capítulo 3

Kate abrió los ojos y dejó escapar un gemido. Miró a su alrededor muy aturdida. Era una novedad despertar en una cama extraña, en una habitación extraña.

No tenía amnesia, sin embargo era incapaz de recordar cómo había llegado a esa cama. «No te asustes, Kate, tiene que haber una sencilla explicación para esto», se dijo. Y atacó el problema con su habitual vigor, pero todo lo que consiguió fue un horrible dolor de cabeza.

Lo último que recordaba era el viaje a Palma; hasta ahí sus recuerdos eran perfectamente claros. Durante el vuelo se había dedicado a cuidar al bebé de una madre que viajaba sola, acosada por sus otros dos traviesos pequeños. La madre había quedado muy agradecida y el niño, como expresión de su gratitud, había vomitado encima de su traje de lino color crema.

De repente se le vino a la mente lo impensable. ¿Y si no estaba sola en esa cama extraña?

Javier entró en el dormitorio justo cuando golpeaba la almohada con los ojos cerrados. Desde la habitación del lado había oído su ronco suspiro. Una expresión divertida suavizó la severidad de su delgado rostro moreno mientras se aproximaba con un camisón doblado en el brazo.

No era difícil interpretar lo que hacía su invitada. En ese momento la señorita K.M. Anderson; había sido fácil descubrir que efectivamente en el hotel se hospedaba una huésped con ese nombre; se preguntaba si había despertado junto a un desconocido. A juzgar por su reacción se podía suponer que eso no le ocurría habitualmente.

Javier se descubrió pensando cómo habría reaccionado si su mano se hubiera encontrado con su cuerpo en lugar de la almohada colocada a su lado.

Con el ceño fruncido, Kate volvió a tenderse de espaldas. Los grandes ventiladores que giraban silenciosamente armonizaban con

la fina decoración estilo Colonial del aposento. El chalé de sus padres, frente a la playa, tenía un mobiliario similar, pero no era tan amplio.

¡Claro que sí! Estaba de vacaciones y en la cama del dormitorio que compartía con Susie. Su alivio se extinguió al darse cuenta de que esa amplia habitación no se parecía a la otra más sencilla con sus camas gemelas, muebles de mimbre y una pequeña terraza que daba a una de las piscinas.

–Me duele la cabeza –se quejó en voz alta.

–No me sorprende.

–¡Tú! –chilló Kate. La pérdida de memoria de las últimas horas de pronto dejó de ser un misterio. Había sido una forma de protegerse del recuerdo del peor día de su vida–. ¿Cómo llegué hasta aquí? Te advierto que el secuestro es un delito muy grave.

Javier alzó una ceja.

–Así lo creo –dijo con cortesía.

Kate se sintió frustrada al comprobar que su seria advertencia no hacía mella en la seguridad de él. Estaba hablando con un delincuente y era probable que hubiera hecho algo más que secuestrarla.

–Hay gente que me echará de menos… mucha gente –añadió con brusquedad al tiempo que sentía un dolor punzante en la sien.

A través de la nube de dolor notó que él se sentaba al borde de la cama. Incluso podía sentir la fragancia masculina que emanaba de su cuerpo. La escena era demasiado íntima para su gusto.

–No te haré daño, Kate. Deberías volver a tumbarte. Te has dado un golpe muy fuerte. Saliste a toda velocidad y chocaste contra el armario de caoba.

En efecto, esa información correspondía con los recuerdos de Kate.

–Lo dices como si lo hubiera hecho a propósito. Iba con los ojos cerrados, como ahora –murmuró con aspereza.

–¿Te molesta la luz?

–Un poco. ¿Tú tienes mis gafas? Dámelas, por favor –pidió al tiempo que abría los ojos–. Sin ellas me siento como desnuda.

–Me temo que las aplasté en la oscuridad.

–Lo hiciste a propósito –se quejó en tono infantil.

–Se dice que los otros sentidos compensan la falta de uno de

ellos –comentó mientras le despejaba la frente.

Kate sintió que se le erizaba la piel al notar sus dedos en la frente y se preguntó si esa era la clase de afinidad antinatural que sentían las víctimas hacia sus secuestradores.

–Bueno, esto puede ayudarte a disminuir la sensación de desnudez de la que hablabas.

Sin comprender, Kate desvió la mirada del rostro enigmático al camisón de algodón color crema que le ofrecía.

De pronto se mordió el labio. Apenas se atrevía, pero se obligó a bajar la vista y mirar su propio cuerpo. La palidez de la piel contrastaba con el color negro del sujetador y, aunque no podía verlas, sabía que las braguitas negras producían el mismo contraste.

–Me quitaste la ropa –dijo con la voz ahogada por una atroz sospecha.

–Lo hice –confirmó tranquilamente–. Dadas las circunstancias, parecía lo más sensato. Estabas ardiendo.

Si no había sido cierto, en ese momento sí que lo era. En un gesto tardío se deslizó bajo el edredón dejando solo la cara al descubierto.

–No hace falta tanto despliegue de pudor –dijo él con una ceja alzada–. Las mujeres llevan bastante menos ropa en la playa. Considerablemente menos –añadió secamente–. ¿O temes encender mi lujuria? No temas… mantengo un fuerte control sobre mis instintos.

¡En otras palabras, no estaba tan desesperado!

Aunque nunca había envidiado el físico de Susie, en ese momento no le habría importado ser como ella y hacer que se tragara sus desdeñosas palabras.

–Las mujeres de la playa no se han visto amenazadas por un loco de atar.

–¿Siempre te haces fantasías tan pintorescas?

Las mejillas de Kate se incendiaron.

–Ninguna que tenga que ver contigo.

Sincera consigo misma, Kate sabía que lo haría en el futuro. Era inevitable con un hombre tan irresistible como ese. Solo esperaba que sus fantasías se desataran cuando estuviera a salvo en el seno de su familia. Iba a alejarse de ese hombre en cuanto pudiera.

Javier notó su mueca de fastidio.

–No debes gritar o agitarte –objetó.

–No necesito tus consejos.

Él se encogió de hombros.

–Te quité la ropa porque era inadecuada para el calor que hace. Y además parece que tienes fiebre.

Kate se puso rígida al sentir la mano fresca sobre la frente sudorosa.

–Tu inglés es muy bueno –comentó con un suspiro al sentir que la mano se retiraba.

–Me eduqué en Inglaterra.

–¿En un internado inglés?

Eso sugería una clase social privilegiada. Sus maneras autócratas así lo evidenciaban. ¿Habría elegido el camino del delito libremente o las circunstancias lo habían obligado? Era una pena que una persona con tantas oportunidades las desperdiciara de ese modo.

–¿Detecto una ligera desaprobación o es idea mía?

El tono de divertida indulgencia irritó a Kate.

–Bueno, si yo tuviera hijos nunca los enviaría lejos.

Al notar la chispa de interés en los ojos del otro se mordió el labio. Una persona en sus cabales nunca se pondría a debatir sobre la educación familiar con su secuestrador.

–A mí no me hizo daño.

–Eso te llevó al punto en que te encuentras en la actualidad. Y me atrevería a decir que una acusación por secuestro es lo mínimo que te puede ocurrir.

–¿Eso significa que si te dejo marchar irías directamente a la policía?

–No estoy en posición de ir a la policía sin incriminarme yo misma.

–Por ser una delincuente habitual.

–No exactamente habitual. Fuiste al colegio en Inglaterra, ¿entonces significa que no eres español?

–¿Me equivoco o intentas cambiar de tema?

–Siento curiosidad, eso es todo.

–¿Por mis antepasados?

–Por tus ojos. Casualmente me he dado cuenta de que son azules. No es común en una persona de tez morena como la tuya – Kate se ruborizó al ver que se intensificaba el peligroso brillo de su

mirada.

–Sí, es cierto. Tengo una abuela escocesa.

–Verás, nunca es demasiado tarde… –se oyó decir a sí misma, en un arranque espontáneo.

Para su consternación, él se acomodó en el borde de la cama y tranquilamente cruzó las manos sobre el pecho, muy atento a sus palabras. Y eso era lo último que ella quería.

–Nunca es demasiado tarde, ¿para qué?

Muy incómoda a causa de su arranque de sinceridad, Kate se frotó la nariz con el edredón. «¿Por qué siempre tengo que tratar de rehabilitar a los casos perdidos?», se preguntó exasperada.

–Para hacer otra cosa. Algo… legal… –balbuceó con dificultad.

–¿Intentas reformarme? –preguntó, sorprendido.

–No es asunto mío si terminas pudriéndote en la cárcel. Ahora, si me devuelves la ropa podré marcharme.

–Solo por curiosidad, ¿que harías si te dijera que no puedes marcharte?

A Kate se le congeló la expresión y tragó saliva.

–Si te lo dijera, se perdería el elemento sorpresa. Y a juzgar por la situación en que me encuentro, es lo único que me queda.

Para su consternación él echó la cabeza atrás y se rio. Su risa era cálida e increíblemente atractiva.

–Tienes mucho más que eso, K.M. Anderson –anunció con dulce suavidad–. ¿Piensas que todos los hombres tienen intenciones ocultas? –preguntó al ver la expresión suspicaz de la joven.

–No, solo tú.

La respuesta no pareció ofenderlo.

–Nunca he conocido a una mujer con tanto candor. Es desarmante.

Sin embargo no parecía desarmado, más bien pensativo.

–¿Vas a entregarme la ropa?

–Lo haré si el médico dice que te puedes vestir.

–¿Médico? ¿Qué médico?

En ese momento se oyeron unas voces fuera de la habitación.

–Este.

Un hombre entró en la habitación; pero no era médico. Era el otro rufián de la noche pasada, y a la luz del día, bastante menos siniestro. Le sonrió a Kate y ella le devolvió la sonrisa, confundida

ante ese individuo amable y nada amenazador, muy diferente al recuerdo que tenía de él.

–¿Esperas que crea que has llamado a un médico? –dijo en tono desdeñoso al tiempo que se volvía a mirarlo.

Los ojos azules se deslizaron por su rostro ruborizado.

–Naturalmente creerás lo que pienses. Sin embargo, lo he llamado –replicó mientras se levantaba a saludar a su amigo–. Te has movido muy rápido, Serge.

–No hubo necesidad de llamar a un médico de guardia. Afortunadamente, en la recepción oí que el doctor Latimer había ido a una fiesta y que se alojaba en el hotel. De modo que lo desperté.

–Y lo hizo, así que espero que perdonéis mi aspecto.

La confusión de Kate aumentó al ver a un individuo de cabello gris que entraba en la habitación. A pesar de sus palabras, vestía ropa informal pero impecable.

–¡Javier! –exclamó al tiempo que extendía una mano con cálida expresión.

–¡Conrad!

–Es un placer volver a verte –continuó el médico. La deferencia de sus modales aumentó la perplejidad de Kate–. ¿Cómo está tu abuelo? He oído que piensa jubilarse –observó, sin percibir la tensión que Kate había detectado de inmediato en la expresión del hombre más joven– ¿Sigue los consejos que le di en nuestro último encuentro?

–¿Quieres decir si ha dejado el cigarro y el coñac? ¿Y si hace ejercicio con regularidad y vigila su dieta? ¿De veras esperabas eso de él?

–Mi esposa me dice que soy un optimista impenitente –declaró al tiempo que se fijaba en Kate que, con el ceño fruncido, intentaba encontrarle un sentido a esa conversación–. ¿Es esta mi paciente?

–Sí, es la señorita Anderson –dijo el hombre acercándose a la cama y tocándole el hombro. Tanto su actitud como su tono indicaban una intimidad que ella de inmediato quiso negar–. Kate sufrió un fuerte golpe en la cabeza, ¿no es así, cariño?

–¿Perdió la consciencia?

–Sí, durante unos minutos. No sé si esto viene al caso, Conrad, pero parece que tiene fiebre –dijo al tiempo que alzaba los

magníficos hombros con natural elegancia.

Kate no recordaba haber conocido a alguien con un lenguaje corporal tan expresivo.

–No, no tengo fiebre –intervino Kate apartando la vista de los largos y bien desarrollados muslos masculinos–. Y si alguien quiere saber cómo me encuentro, puede preguntármelo –añadió en tono agresivo.

Los hombres intercambiaron una comprensiva mirada que casi la hizo chillar.

–Tiene razón –convino el médico jovialmente, con un modo paternalista característico de su profesión. Acto seguido sacó unas gafas del bolsillo superior de la camisa.

En ese momento, Kate ya no albergaba dudas sobre su identidad.

–Esto es absurdo. No necesito un médico. Lo que yo necesito…

–No te excites, Kate.

Kate se sentó en la cama cubierta con el edredón hasta la barbilla.

–Creo que tengo razón para sentirme así –replicó, indignada–. Y no me mires de ese modo. No sé qué clase de mujeres sueles frecuentar, pero…

Con mucho tacto, el médico se aclaró la garganta y los miró con indulgencia a ambos.

–¿No sería mejor que nos dejaras solos, Javier?

–Si necesitas algo no tienes más que llamarme. Estaremos… –con una inclinación de su imperiosa cabeza, Javier indicó la puerta.

–Más tarde me vas a permitir que te examine la herida de la mano. Me parece que tendré que vendártela –dijo el médico antes de que Javier se marchara.

La mirada de Kate pasó de los ojos provocativos de Javier a la mano en el preciso instante en que él se la llevaba a los labios, y de pronto recordó la fuerza con que la había mordido.

–Tuve un encuentro con una gata rabiosa –replicó encogiéndose de hombros.

–Tal vez tú la provocaste… –observó Kate en tono agrio.

–Espero que estés vacunado contra el tétanos –dijo el médico, ajeno al silencioso duelo que allí se libraba.

Javier lo confirmó con un gesto de la cabeza antes de marcharse.

Capítulo 4

Conrad Latimer –se presentó el médico con formalidad.

Kate ignoró el saludo y tras apartar el edredón, intentó apoyar los pies en el suelo. La habitación empezó a girar enloquecida. La joven se agarró la cabeza con las dos manos y se sentó en la cama.

–No tenías que haberte levantado.

–Usted no lo entiende, pero tengo que salir de aquí, deprisa –dijo, frustrada por el hecho de que él no apreciara la extrema urgencia del asunto–. ¿Es inglés? –preguntó en un intento por encontrar algo común entre ellos.

–Sí. Desde que me jubilé vivo con mi mujer en una casa de campo en la isla. Es un lugar encantador, en las afueras de Pollensa. Tienes que convencer a Javier para que te lleve a visitarnos –Kate lo miró incrédula. ¿Qué clase de relación pensaba el doctor que mantenía con ese malvado?–. Pero dejemos eso y vayamos a lo nuestro –dijo al tiempo que tocaba suavemente la hinchazón que tenía a un lado de la cabeza. Kate hizo una mueca de dolor–. Lo siento. ¿Cómo te lo hiciste?

–Al parecer choqué contra un armario.

–Una dama impetuosa –comentó con indulgencia.

–No fue culpa mía.

–Mal asunto, desgraciadamente estos accidentes ocurren. Pero al menos Javier estaba allí. Un hombre muy competente este Javier. Nadie mejor que él…

–Seguro que sí, muy competente –replicó, abrumada.

–Los Montero son gente muy carismática, aunque en mi opinión Javier es el mejor de todos –dijo el médico. Javier Montero. Definitivamente ese nombre sonaba familiar al confuso cerebro de Kate–. ¿Hace mucho tiempo que lo conoces? –preguntó mientras examinaba las pupilas con una pequeña linterna.

–No mucho. Tal vez le parezca un poco extraño, doctor.

–¿Doble visión, náuseas?

–No, pero dígame, doctor…

El médico empezó a examinar los reflejos de las rodillas.

–¿Sí, querida?

–¿Dónde estoy?

–Tras un golpe como el que has sufrido no me extraña que estés desorientada –comentó mientras guardaba el pequeño martillo–. ¿Qué recuerdas del accidente? –preguntó con cautela.

–Demasiado.

–¿Y antes del accidente?

–A mi memoria no le pasa nada, solamente ignoro dónde me encuentro.

–Espero que en el mismo lugar donde te encontrabas antes del accidente. En la suite nupcial del…

–¿Qué? –chilló Kate, luchando por sentarse en la cama.

–En la suite nupcial del hotel. Si te tomas el tiempo necesario, estoy seguro de que recordarás.

–Yo no estoy pasando mi luna de miel aquí, estoy metida en una pesadilla.

El doctor parecía divertirse.

–¡Luna de miel! Eso saldría publicado en los titulares de la prensa –dijo con una risita.

–¿De veras?

El doctor Latimer recobró su seriedad.

–No creas que intento fisgonear. Sé que Javier valora mucho su intimidad y veo que tú también. Escucha, tu relación con él no me incumbe; eres su huésped y mi paciente… y te prometo que nadie se va a enterar por mí de que estás aquí –aseguró.

–No mantengo ningún tipo de relación con ese Javier Montero. Ni siquiera…

–¿Está allí? ¡Katie!

Kate se detuvo en seco al oír el sonido melodioso de una voz familiar.

–¿Mamá? –murmuró con incredulidad al tiempo que pensaba que el golpe en la cabeza había sido más grave de lo que creía.

Los ojos se le agrandaron de sorpresa cuando la puerta se abrió y la inconfundible figura de Elizabeth Anderson se precipitó en la habitación.

–¡Mi niña querida!

En ese instante, entre los brazos de su madre, Kate nunca se

habría atrevido a contradecirle. Aunque Elizabeth Anderson amaba a sus dos hijas, sin lugar a dudas Susie era la niña de sus ojos.

–¿Cómo supiste que estaba aquí, mamá? –preguntó cuando al fin la madre la dejó respirar.

–Javier fue a buscarnos, por supuesto. ¡Qué hombre tan encantador! Niña traviesa –dijo mientras la señalaba con un dedo juguetonamente acusador–. ¿Por qué no nos habías dicho que eras amiga de Javier Montero? Ni siquiera sabía que lo conocías –exclamó con una risita infantil que crispó los nervios de Kate–. Supongo que el motivo de que te retiraras de la cena tan temprano era para verlo. Aunque no entiendo la necesidad de tanto misterio. Nosotros no habríamos puesto objeciones, ¿no es así? –añadió entre risas–. Aunque la verdad es que nunca te han importado mis opiniones.

–¿Te complace que lo conozca? –preguntó Kate, con voz ahogada.

–Katherine Mary Anderson, a veces me maravillas. Los Montero deben de ser una de las familias más ricas de Europa –exclamó escandalizada.

–Oh, Dios mío –murmuró Kate al tiempo que su pensamiento súbitamente se iluminaba. El esfuerzo mental de transferir a Javier del archivo «miembro de los turbios bajos fondos» a otro titulado «miembro de una antigua dinastía rica y poderosa» la confundió.

–Siempre fuiste una niña demasiado reservada –se quejó la madre–. Tú y tu padre… ¡Oh, la suite nupcial! –exclamó en tono intencionado mientras contemplaba admirada a su alrededor. Conociendo cómo funcionaba la cabeza de su madre, Kate captó sus intenciones al instante. El matrimonio era la única carrera que necesitaba una mujer, según su madre, y una mujer que no había atrapado a su hombre a los treinta años era un fracaso.

–Por favor, no saques conclusiones precipitadas –le rogó–. Tuve un accidente y este era el lugar más conveniente…

Sin hacerle caso, Elizabeth continuó examinando el decorado de la habitación.

–Impresionante y de exquisito gusto –fue su veredicto final–. ¿Cómo se encuentra, doctor? La encuentro un poco rara –comentó tras una mirada crítica a los vidriosos ojos de su hija mayor.

¡Rara! ¡De hecho había vivido una extraña pesadilla y luego

resultaba que el siniestro delincuente con aspecto de señor, realmente era miembro destacado de una prominente familia con intereses financieros que abarcaban el mundo entero! Una familia cuyas bodas con personas igualmente relevantes cubrían las portadas de los periódicos desde Nueva York hasta Estambul. Y lo peor de todo era que su mente estaba llena de fantasías ardientes que nunca había soñado antes.

–Hace un calor horrible aquí.

–La señorita Anderson se ha dado un fuerte golpe en la cabeza. Creo que un poco de tranquilidad y reposo es lo mejor que puedo aconsejarle –dijo el médico. Kate le dirigió una patética mirada de agradecimiento. Quería mucho a su madre pero, incluso en tiempos mejores, conversar con ella resultaba una experiencia agotadora. Y le dolía tanto la cabeza–. Me gustaría hacerle una radiografía para quedar tranquilo. Sin duda Javier se ocupará de todo. Lo único que me preocupa es su estado febril.

–¡Tengo fiebre! –exclamó Kate.

–Sí. La garganta está roja e inflamada, igual que los ganglios. Es un síntoma de infección. Probablemente se trata de un virus. Una variedad de los que duran veinticuatro horas –dijo sonriente.

Kate agradeció su optimismo con otra sonrisa–. ¿Has estado en contacto con alguien resfriado o con gripe?

Elizabeth Anderson se levantó de golpe del borde de la cama y miraba a su hija con horrorizado reproche.

–No, no creo –empezó Kate pero al instante recordó al niño del avión–. Sí, llevé a un bebé en brazos durante el vuelo. Recuerdo que gimoteaba. Estaba muy acalorado y moqueaba.

–Eso podría explicarlo. Lugares cerrados como los aviones son terreno de cultivo para los microbios –asintió el doctor.

–Eso es muy propio de ti, Kate –se quejó la madre–. Cuando haces algo nunca piensas en las consecuencias. Estas son las primeras vacaciones de tu padre después de muchos meses. ¿Cómo te sentirías si se enfermara por culpa de tu insensatez?

–Lo siento… –murmuró Kate en tono culpable.

–Y me quejaré a la compañía. Tu billete era de primera clase.

–Bueno, la verdad es que viajé en clase turista. Pensé que a papá no le importaría si ahorraba ese dinero para mi piso –añadió a la defensiva al ver la expresión horrorizada de su madre.

Kate, cansada de compartir la vivienda y decidida a comprar un piso, había estado ahorrando dinero desde el año anterior.

–¿Estás visible? ¿Puedo entrar?

Kate agradeció la interrupción al ver el redondo rostro jovial de su padre que asomaba cautelosamente por la puerta. Charles Anderson, con su semblante angelical, no se parecía en nada a la imagen que la gente tenía de un juez.

–Papá, entra, por favor –exclamó al tiempo que dirigía una mirada hostigada hacia su madre.

–¿En qué has andado metida, calabaza? –dijo el padre cariñosamente mientras se acercaba a la cama con los brazos extendidos.

Kate parpadeó, avergonzada de las lágrimas que empañaban sus ojos al oír el apelativo cariñoso que su padre hacia años que no utilizaba.

–Charles, no te acerques, tiene una infección –chilló la esposa, alarmada.

–Tonterías, Lizzie, ¿desde cuándo un golpe en la cabeza es infeccioso?

Kate encontró que su madre tenía razón; realmente no quería arruinar las vacaciones de la familia.

–Es cierto, papá… –se interrumpió al ver la figura que había entrado detrás de su padre.

Kate no tenía dificultad en reirse de sus propios errores cuando las circunstancias lo permitían, pero también había límites. La sangre le hervía al pensar en el susto que había pasado. Sin lugar a dudas él se había reído a su costa toda la noche.

El recuerdo de los sinceros consejos que le había dado para reformar su vida era una de las cosas que más la atormentaba.

Sin embargo, su vergüenza se transformó en indignación mientras lanzaba una rabiosa mirada de desconfianza al distinguido perfil de Javier. ¿Por qué diablos no le había explicado quién era, como cualquier persona normal, en lugar de dejarla decir tonterías?

A Javier no le sorprendió la expresión indignada de esos ojos exóticamente almendrados cuando sus miradas se encontraron. Ya se había hecho la idea de que K.M. Anderson era una mujer franca e impetuosa.

Esas características la diferenciaban de la mayoría de las

mujeres que conocía, mujeres que a menudo decían lo que imaginaban que él quería oír.

No había nada remotamente fiero en esa mujer que de hecho parecía inconsciente de su propio atractivo. Indudablemente era inteligente y dueña de una gran personalidad.

Aunque admiraba esos rasgos de carácter, Javier no se sentía sexualmente atraído hacia las mujeres que lo poseían. Tal vez su atractivo residía en el hecho de que esas características se encontraban en un tipo de cuerpo que siempre había admirado, pensó, mientras sus ojos se deslizaban por la silueta recostada. Era un cuerpo atlético sin ser musculoso, con suaves curvas, sin ser lujurioso.

Reconoció el antagonismo de ella con una leve sonrisa irónica que sugería el regocijo que le producía la incomodidad de la joven.

Infantilmente decidida a no ser la primera en apartar los ojos, Kate no supo cuánto tiempo duró el silencioso combate de las miradas, pero se sintió muy agradecida cuando la oportuna intervención de Conrad Latimer le permitió apartar la suya.

–Al parecer su hija sufre una infección viral unida a una leve conmoción, señor Anderson.

–Sin duda a causa de ese horrible niño que se dedicó a cuidar durante todo el vuelo –aclaró Elizabeth.

–Siempre tan sensible, ¿verdad, Kate? –observó su padre mientras se inclinaba a abrazar a su hija ignorando las recomendaciones de su mujer–. ¿Te encuentras muy mal? –preguntó al tiempo que se enderezaba. Luego observó atentamente el pálido rostro de la joven mientras le despejaba un mechón rubio de la frente.

–No mucho, papá.

Javier inclinó la cabeza cortésmente hacia la madre que lo miró fascinada. Kate no pudo evitar una cínica sonrisa.

–Sin duda que usted querrá acompañar a su hija, señora Anderson, pero me temo que, por razones obvias, en esta suite no hay otra habitación. Haré que instalen una cama aquí… ¿o tal vez la preferiría en la sala de estar?

–Oh, no. De ninguna manera queremos causarle más molestias

–Yo volvería a mi habitación –se apresuró a decir Kate–. Me encuentro mucho mejor.

–Mi hija prefiere estar sola cuando no se encuentra bien –explicó el padre a Javier–. ¿Pero crees que es una buena idea volver a tu habitación, Kate? Si Susie se contagia…

–¡Cielos, no! No puedo hacer eso– exclamó la joven. Susie, como su madre, no era una buena paciente; nunca sufría sola–. Y no quiero contagiar a los otros huéspedes.

–Naturalmente que te quedarás aquí, Kate.

La manera en que pronunció su nombre erizó la piel de Kate, y eso no era una buena señal. Albergaba la esperanza de que su reacción se debiera a la antipatía y no a otros estímulos más siniestros. Quería declinar la invitación por muchas razones: entre otras, porque instintivamente rechazaba todo lo que ese malvado decía, porque no quería sentirse en la obligación de agradecerle nada y por último, porque no se le escapaban las intenciones casamenteras de su madre.

–Sí que es un generoso ofrecimiento –intervino Charles Anderson con evidente alivio–. ¿No es así, Kate?

Kate le devolvió una débil sonrisa al tiempo que intentaba infructuosamente resistir la magnética mirada burlona de unos ojos azules.

–Es lo menos que puedo hacer, dadas las circunstancias –dijo Javier suavemente.

Kate se obligó a sonreír.

–Eres muy amable –replicó la joven, con los dientes apretados.

Capítulo 5

Cuando por fin la dejaron sola, a Kate le pareció que habían pasado horas. Esperó hasta oír que la puerta se cerraba antes de levantarse y buscar el cuarto de baño. Lo necesitaba con urgencia y la búsqueda le pareció demasiado lenta.

–Nunca hay un lavabo a mano cuando se necesita –gruñó casi en un murmullo tras abrir unas puertas que correspondían a sendos armarios. Estaba a punto de abrir la tercera, cuando una voz detrás de su hombro la hizo saltar.

–No deberías levantarte.

Kate se llevó la mano al corazón y sintió que se mareaba cuando alzó la cabeza para mirar al altísimo hombre.

–¿No te habías marchado?

El cuerpo de Javier Montero, esbelto y musculoso, estaba tan cerca del suyo que, a pesar de su deseo, tuvo que esforzarse para no tocarlo.

Kate tragó saliva y prefirió desviar la mirada en vez de sumergirse en la ola de sensualidad que la invadió de pies a cabeza. Ya no temía por su vida en su presencia, pero no habría podido decir lo mismo en cuanto a su cordura. El atractivo de ese hombre producía en sus nervios el mismo efecto que una fuerte descarga eléctrica.

–Pensé que dormías.

«¿Como sería despertar junto a esa cara en la misma almohada?», pensó ella al tiempo que volvía a tragar saliva convulsivamente.

Consciente de que los ojos del hombre se deslizaban pensativos a los largo de su cuerpo, cruzó los brazos sobre el pecho a la defensiva, muy contenta de haber tenido tiempo de cambiar la ropa interior por el camisón que refrescaba su cuerpo acalorado y que la cubría de pies a cabeza.

Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que, a pesar del recatado diseño y las graciosas flores bordadas en el escote, la

prenda se transparentaba totalmente bajo la luz eléctrica.

–¿Así que te han degradado a hacer de niñera?

–Si hubieras aceptado pasar la noche en la clínica, como aconsejó el médico, yo no habría tenido que…

A pesar de haberse sentido incapaz de explicar a sus padres y al médico las razones que tenía para rechazar la hospitalidad de Javier, se había negado a discutir otras opciones referentes al cuidado de su salud. Enemiga de los hospìtales, Kate había decidido que no iría a una clínica por muy elegante que fuera.

–Y en cuanto a hacerme un escáner y radiografías, ni soñarlo –había dicho con firmeza.

Cuando oyó que su padre empezaba a disculpar su conducta irracional refiriéndose discretamente a las numerosas operaciones que su hija había tenido que soportar en su niñez, Kate lo había hecho callar con una mirada tan feroz que el señor Anderson no se había atrevido a continuar. Su fobia hacia los hospitales, bien conocida por los suyos, no era una cuestión digna de compartir con alguien como Javier Montero.

–Pasar una noche en el hospital a causa de un chichón en la cabeza es una tontería –se opuso tercamente.

–A veces lo chichones en la cabeza tienen graves repercusiones… y me siento indirectamente responsable de lo sucedido.

–Tienes toda la maldita razón para sentirte responsable.

–El doctor me dijo que estuviera atento a cualquier manifestación de conducta irracional, así que dime, ¿es algo habitual en ti o debo empezar a preocuparme?

–¡Muy gracioso! Supongo que me vigilas con la esperanza de que empeore. Bueno, siento desilusionarte, pero me encuentro muy bien –mintió.

–No es cierto. Como te he dicho, me siento en parte responsable, y por lo demás, ¿con quién puedes contar? ¿Con tu madre?

–Deja a mi madre fuera de esto. No todo el mundo está capacitado para cuidar a un enfermo –Kate la defendió acaloradamente–. Y no te elegiría a ti, incluso aunque lo necesitara.

–Es posible, pero sucede que soy lo único que tienes y afortunadamente soy extremadamente inmune a las infecciones; nunca me pongo enfermo…

Tras oír su complaciente discurso, Kate no pudo impedir el deseo de que enfermara, no de algo grave porque no era malvada, pero sí de un catarro lo suficientemente fuerte como para que su aristocrática nariz se volviera roja y los gloriosos ojos azules hinchados y llorosos.

–¡Qué lástima! –exclamó. Fue muy frustrante descubrir que su corrosivo comentario simplemente le hizo gracia. Aunque además de la diversión creyó ver una chispa de algo más, algo que no pudo identificar, pero que la dejó vagamente inquieta–. Creía que a la gente como tú le bastaba chasquear los dedos para que los sirvientes corrieran a complacerlos.

Javier arqueó una ceja.

–¿Gente como yo?

–Sí, los ricos y ociosos.

–La riqueza es algo relativo. Muchos pensarían que no habrías alcanzado el éxito que disfrutas ahora si no hubieras tenido…

–¿Qué sabes tú de mis logros? –inquirió, airada.

–Tus padres se sienten muy orgullosos de ti…

Los ojos de Kate se agrandaron de cómica consternación. Con toda facilidad podía imaginar a su padre parloteando bobadas acerca de su hija tan inteligente. ¡Qué vergüenza!

–Seguramente te refieres a mi padre –de inmediato se arrepintió de haber permitido que la incitara a hacer esa reveladora observación.

–No, creo que tu madre preferiría que te casaras bien.

–Y supongo que para ti casarse bien significa hacerlo con un millonario.

–No para mí, para tu madre –replicó con un dejo de impaciencia–. ¿Te ofende que te juzguen por algo más que por tus méritos, no es así?

Kate asintió con la cabeza.

–¡Claro que sí!

Sabía que había tenido más ventajas que muchas otras personas, pero había trabajado duro para llegar donde se encontraba y nunca había recurrido a la reputación de su padre para lograrlo, incluso a sabiendas de que le habría podido abrir muchas puertas.

–Y sin embargo no dudas en juzgarme. ¿Eso no revela una cierta inconsistencia en tu actitud, a pesar de tu buen criterio jurídico? –

preguntó. Sonrojada ante su irónica mirada, Kate habría preferido caminar sobre carbones encendidos antes de reconocer que él tenía toda la razón–. Y dicho sea de paso, debo decirte que detecto la inactividad; me aburre.

Kate no puso objeciones a su afirmación. El hombre que tenía ante sí no era una persona sosegada; exudaba una inquieta vitalidad como nunca antes había visto.

–Entonces te pido perdón. Rico y activo –gruñó.

–¿No nos estamos desviando del tema? Debo decirte que el médico dejó claramente dicho que debes quedarte en cama hasta mañana.

–Hay un pequeño problema. Necesito ir al cuarto de baño ahora mismo –dijo con malicioso entusiasmo, segura de que ese fastidioso individuo se iba a sentir consternado.

Otra desilusión. Con la cabeza ladeada, gesto que empezaba a reconocer como característico en él, Javier pareció considerar tranquilamente el brusco anuncio antes de asentir con la cabeza de una manera que ella interpretó como una graciosa concesión.

–Bueno,….

–Puede que seas el dueño de este lugar, pero creo que vas a tener serios problemas legales si te dedicas a vagar sin invitación por las habitaciones de los huéspedes –lo interrumpió.

Quizá no era la manera más correcta de agradecer la suite que ocupaba por cortesía de la dirección del hotel, pero Kate estaba demasiado crispada por su presencia como para referirse a su intrusión con más amabilidad.

–Quizá deberíamos discutir la definición jurídica de allanamiento de domicilio cuando hayas vuelto de… bueno…, es la puerta siguiente –dijo al tiempo que la señalaba con la cabeza.

Kate asintió malhumorada.

–Dondequiera que voy, allí está él –refunfuñó lo bastante alto para que él la oyera–. Cualquiera diría que te caigo bien.

Los ojos azules se detuvieron en los labios entreabiertos.

–¿Y eso sería muy extraordinario?

Kate, que ya se encontraba en la puerta cuando oyó la risa divertida, alzó la barbilla.

–¡Sí! –dijo tras asomar la cabeza y luego desaparecer con un portazo.

Apoyada en la pared del cuarto de baño, se alarmó al descubrir que sonreía como una tonta. Daba la sensación de que disfrutaba intercambiando insultos con ese hombre terrible.

Minutos más tarde, cuando salió del baño, lo descubrió cómodamente instalado en un sillón de piel junto a la cama. Javier se levantó al verla aproximarse y llenó un vaso con agua fresca de una jarra que había aparecido como por arte de magia sobre la mesilla de noche.

–El médico recomendó mucho líquido y me parece que la bata está demás –murmuró mientras ella se metía en la cama todavía envuelta en la bata que se había puesto al contemplar el camisón transparente en el baño.

–Debiste habérmelo dicho –dijo, indignada.

–¿Decirte qué?

–Que esta maldita cosa era transparente.

–No me fijé.

La virtuosa afirmación arrancó una carcajada a la joven. Así que después de todo el hombre tenía sentido del humor.

–No es para reirse –dijo de pronto, con severidad.

–No me estaba riendo –le recordó Javier, con gentileza.

–En todo caso espero que hayas visto lo suficiente para darte cuenta de que no soy yo la de las fotos.

Él se encogió de hombros.

–Ah, las fotografías. El color de pelo me confundió al principio, pero luego llegué a la conclusión de que tú no eras la modelo.

–¡Es una lástima que no te hayas dado cuenta antes de tratarme como a una fulana!

–No he sido el único en sacar conclusiones equivocadas –le recordó secamente.

«Como si pudiera olvidarlo», pensó Kate muy incómoda al recordar el humillante incidente.

–Le venía muy bien a tus propósitos mantenerme asustada, ¿verdad?

–A veces un poquito de miedo facilita las cosas –declaró. A Kate no le sorprendió su absoluta falta de remordimientos. Indudablemente era un hombre sin principios–. Sin embargo, desde el principio quedó claro que no eras una mujer fácil de intimidar.

–Y tú eres experto en intimidaciones, ¿verdad?

Lejos de irritarse, la ácida réplica pareció dejarlo modestamente satisfecho de sí mismo. Kate apretó los dientes, llena de frustración.

–No se necesita ser un experto para darse cuenta de que no eres la clase de mujer que se permite ese tipo de emociones.

¿Era una alabanza o un insulto demasiado sutil como para captarlo como tal?

Kate hizo un gran esfuerzo para sostener su mirada.

–Bueno, todavía conservas las fotos –replicó finalmente.

–Están a salvo –dijo él, con exasperante cautela.

–Son mías –rebatió ella con el ceño fruncido, sin poder evitar un matiz desesperado en la voz.

La aguda mirada de Javier escudriñó los tensos rasgos de la joven.

–Vamos a discutirlo por la mañana cuando hayas descansado y no tengas fiebre –notificó en tono autoritario–. Estaré en la sala de estar estudiando unos documentos. No vaciles en llamarme si necesitas algo.

–¡Vamos a discutirlo ahora mismo! –gritó Kate con estridencia.

Javier examinó pensativamente su agitado rostro enrojecido.

–Me temo que no es una buena idea.

–Me importa un pimiento lo que tú consideres una buena idea.

–Como quieras –replicó al tiempo que volvía a sentarse en el sillón junto a la cama–. Debo asumir que actuabas por cuenta de … ¿quién exactamente?… cuando forzaste la puerta de esa habitación. ¿Por cuenta de la persona de la foto? ¿Tu hermana?

La desesperación de Kate aumentó al verse acorralada.

–Yo no he forzado nada; la puerta estaba abierta –protestó débilmente.

–Y González la estaba chantajeando, ¿no es así? ¿Era su amante?

–No es su amante –negó con voz entrecortada–. La engañó, incluso … –se detuvo en seco tras darse cuenta de que acababa de confirmar la identidad de Susie–. ¿Cómo te…?

–No fue difícil llegar a esa conclusión. Después de conversar con tus padres, quedó claro que tu hermana es una chica algo consentida. La clase de persona que enviaría a otro a hacer el trabajo sucio.

Kate hubiera dado cualquier cosa por poder negar esa aseveración tan exacta.

–No sabes nada acerca de mi familia –protestó.

–Cierto –concedió con los ojos bajos, fijos en los dedos entrelazados–. Pero a veces las familias no son muy diferentes –Javier alzó la mirada y por un instante Kate vio la sombra de algo muy parecido a una gran aflicción; fue tan breve que la joven pensó que quizá eran solo imaginaciones suyas–. Quítate la bata. Si te sube la fiebre seguro que me culparán a mí –urgió de pronto con una sonrisa tan encantadora que su rostro se iluminó borrando las sombras de unos segundos atrás. Estaba claro que podía desplegar todo su carisma cuando se lo proponía.

–Estoy un poco cansada –concedió Kate de mala gana.

–Y no es para menos. Magullada, con fiebre y dolorida como estás.

En lugar de burlarse por la preocupación que demostraba el culpable del estado en que se encontraba, extrañamente la tranquilizó su tono considerado. Con el ceño fruncido se quitó la bata.

La visión de Javier Montero acomodándole las almohadas fue tan sorpresiva que le pareció hasta surrealista. Y para ser un rico playboy lo hizo con mucha eficacia.

–¿Más cómoda?

Kate asintió con la cabeza. Sentía los párpados pesados.

–Si le contara a alguien lo que acabas de hacer, no se lo creería –comentó con un bostezo–. Pero no te preocupes, no lo haré –agregó.

–No me preocupo –dijo él, antes de marcharse.

Segundos más tarde, una Kate desarmada, confusa y a punto de dormirse en la tranquila habitación, de pronto recordó que aún no había recuperado las fotografías para Susie.

–Lo haré mañana –se prometió.

Capítulo 6

Cuando Kate despertó, durante un momento se quedó contemplando los haces de luz dorada que se filtraban por las rendijas de las persianas de madera y que se proyectaban como líneas luminosas en la pared junto a la cama.

«¿Por qué tuvo que pasarme a mí?», pensó al recordar lo sucedido la noche anterior.

Como no era una persona inclinada a sumirse en reflexiones negativas solo se concedió unos breves minutos de autocompasión. Atraída por un aroma tentador volvió a cabeza y descubrió una apetitosa bandeja junto a la cama. Entonces sus pensamientos se volvieron más positivos.

Iba a recuperar las fotos de Susie, luego reanudaría sus vacaciones y olvidaría para siempre su encuentro con Javier Montero.

Con gran sorpresa descubrió que tenía hambre. Y ese era un buen síntoma, ¿verdad?

Unos giros de cabeza y unos cuantos estiramientos cautelosos le confirmaron que los dolores de la noche anterior y el constante martilleo en la frente habían desaparecido.

Mientras examinaba el desayuno, evitó pensar en la persona que podría haber llevado la bandeja a la habitación mientras dormía.

Kate eligió un panecillo; estaba caliente y pedía a gritos que lo cubrieran con una fina capa de mantequilla y miel. La boca se le hizo agua al ver la jarra de café junto a una fuente llena de frutas variadas.

Ya se había duchado y empezaba a vestirse con la ropa que le había sorprendido descubrir, cuidadosamente doblada en una silla en el cuarto de baño, cuando oyó ruidos en la habitación del lado.

Igual que la ropa, las suaves zapatillas de piel, también nuevas, le quedaban muy bien. Al oír que el ruido aumentaba, pensó que el responsable era muy bullicioso, o que discretamente quería hacerle saber que no se encontraba sola. Ya que hasta el momento Javier no

había demostrado el menor tacto ni discreción, evidentemente no podía ser él.

Sin embargo, a pesar de esa convicción y mientras examinaba su pálida cara en el espejo, Kate no pudo evitar el deseo de que también le hubieran llevado el estuche de maquillaje junto con los artículos de higiene.

Gracias al cutis cremoso e impecable y las oscuras pestañas, en verano no utilizaba más que un brillo de labios natural y de vez en cuando una ligera sombra de ojos.

Kate habría rebatido con fiereza la sugerencia de que el deseo de maquillarse tuviera algo que ver con la necesidad de impresionar a alguien, especialmente si ese alguien se llamaba Javier Montero. No, simplemente un poco de color en los labios la haría sentirse más segura de sí misma, como le sucedía a todas las mujeres.

Entonces estudió en el espejo las femeninas curvas de su cuerpo y sonrió con tristeza. «¿A quién quiero engañar? Bueno, desde luego que me gustaría impresionarlo. ¿Y quién no?»

Pero eso no iba a suceder porque, a diferencia de Susie y de otras hermosas mujeres, simplemente carecía de atributos físicos para lograrlo.

–Espero que no te hayas encerrado con llave.

Kate pensó que debía de tener muy buen oído porque estaba de espaldas cuando entró cautelosamente en la habitación.

Parecía irritado. No era la mejor forma de empezar el día, pensó con agobio. Debía de estar harto de ella porque no había sido más que una molestia para él. Entonces tal vez se sentiría inclinado a entregarle las fotografías sin mayor alboroto para quedar libre de ella de una vez por todas.

La dureza de su expresión le confirmó al instante que no se encontraba de muy buen humor. De pie ante ella, mientras la examinaba con mirada crítica, descubrió que el hombre parecía bastante más lejano que el recuerdo que tenía de la noche anterior.

Como fuese, era espectacular, concluyó Kate mientras el corazón le martilleaba en el pecho. Nunca había visto un rostro tan expresivo como el de ese ser tan complejo.

Sin embargo, Kate no quiso ahondar más allá de lo que veían sus ojos porque los detalles superficiales ya le causaban suficientes

problemas. Así que apartó la mirada de ese cuerpo vestido con una clásica camisa blanca y pantalones de lino crudo hechos a medida.

Tras soportar su escrutinio, Kate quedó con la impresión de que no aprobaba su aspecto físico.

Sintió que la piel se le erizaba de irritación. ¿Y qué? «¿Desde cuándo me importa que a alguien no le guste mi apariencia?»

«Seguramente se debe a que está acostumbrado a despertar junto a mujeres glamurosas y no a personas comunes y corrientes como yo», reflexionó con desdén.

Era de agradecer que nunca se hubiera sentido atraída por el ardiente tipo mediterráneo.

Él podía explotar su magnetismo sexual, pero ella no se iba a distraer. ¡Tenía que concentrarse! Tenía que pensar más en Susie que en esa boca severa y sensual a la vez, decidió mientras se paseaba por la habitación.

–Si piensas que no tengo buen aspecto deberías haberme visto antes de la ducha –soltó de pronto, con la barbilla alzada.

Javier ya lo había hecho.

A lo largo de los años había tenido muchas amantes, pero no acostumbraba a pasar toda la noche con ellas. Tal vez esa era la razón de que el rostro de la joven le hubiera fascinado tanto. No obstante, pensó que no era una buena idea compartir esos detalles con ella, considerando su manifiesta hostilidad.

–¿Te he ofendido en algo?

–Tu tono me trae sin cuidado.

Y tampoco le importaba el brillo divertido de su mirada mientras la contemplaba pasearse por la habitación.

–¿Tienes algo en contra del acento español?

–No, solo contra los tiranos de cualquier nacionalidad –declaró, sin la menor intención de confesar que consideraba su acento extremadamente atractivo–. Por lo demás, no cerré con llave la puerta del baño –dijo al tiempo que desenredaba con los dedos sus finos cabellos mojados y las gotas salpicaban a Javier.

Al echar la cabeza hacia atrás, interceptó una expresión en los ojos del hombre que casi le hizo perder la compostura. Imaginaria o real, la sensualidad de la veloz mirada le produjo un vuelco en el estómago.

–Vaya…

–Pero si hubiera sabido que estabas aquí lo habría hecho –dijo con brusquedad.

–¿Y si te hubieras desmayado?

Kate respondió a la sensata observación con un desdeñoso movimiento de cabeza.

–Como puedes ver, no me mareo –dijo extendiendo los brazos y girando ante él–. Me encuentro bien y en forma –terminó triunfante mientras los pliegues de la falda volvían a cubrir la larga línea de sus muslos–. Ni dolor de cabeza, ni nada –mintió al sentir que la cabeza le daba vueltas.

Javier tomó un melocotón de la bandeja y mordió la suave pulpa.

–Antes de que sigas dando volteretas por la habitación –se concedió un segundo para imaginar los intrigantes muslos blancos que la falda, a pesar de ser tan recatada, dejaría al descubierto en cada vuelta. Kate interceptó la mirada y se fijó en la falda intentando descubrir qué lo había fastidiado, pero no vio nada especial–, debería señalar de que estoy preparado para aceptar el hecho de que has sufrido una infección viral de veinticuatro horas y una leve conmoción cerebral. Tu madre –añadió al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro–, bueno eso sería otra historia. Sospecho que no quedará satisfecha sin un certificado médico y una semana de cuarentena… y en cuanto a tu hermana, me quedé con la impresión de que se sentía muy contenta de que estuvieras aquí.

A Kate le sorprendió la exactitud de su observación. Su madre no era el tipo de persona que se expondría a correr el riesgo de una infección, por leve que fuera.

–¿Viste a Susie?

Javier había visto a muchas Susies en su vida y esta le impresionó tan poco como las otras. Sin embargo, estaba seguro de que se abuelo pensaría que la hermana de Susie tenía temperamento. Se sintió complacido al ver que, fiel a su palabra, ella no intentaba esconder esas insignificantes cicatrices que, según su opinión, solo ponían de relieve la suave perfección de su piel.

Javier inclinó la cabeza a modo de respuesta.

–Si no fuera por esa magulladura no habrías sabido nunca lo que había pasado. Lo siento –dijo al tiempo que inesperadamente se acercaba a ella y pasaba suavemente un dedo por la zona dañada en

la sien. Kate asintió con la cabeza y se arregló el pelo cuando él retiró la mano. Luego se mojó los labios que se le habían secado debido a la intensa reacción de su cuerpo ante el leve toque de Javier.

–No te preocupes, no tengo intenciones de demandarte.

–Una decisión muy sabia dadas las circunstancias –observó con sequedad–. La verdad haría más daño a tu carrera que a la mía.

–No hice nada malo –protestó ella.

–Ah, pero alguien de tu posición no solo necesita estar libre de toda sospecha, sino también parecerlo.

–Eso es una afirmación muy cínica.

–Pero muy cierta.

Kate esbozó una tensa sonrisa que no alcanzó a llegar a sus ojos.

–No te preocupes por mi alojamiento. Sin embargo, antes de marcharme me gustaría llevarme esas fotografías y luego desaparecer de tu vista.

–Estoy seguro de que podemos llegar a un amable acuerdo…

–No quiero amabilidades contigo. Quiero las fotos, ¡ahora! –vociferó con una patada en el suelo.

La expresión de Javier se conmocionó. No estaba acostumbrado a recibir órdenes perentorias de nadie, y menos de una jovenzuela como esa.

–¡Dios mío! ¡Vaya genio que tienes! Tranquilízate. Estoy seguro de que podemos negociarlo.

–¿Negociar? –repitió al tiempo que, con gran impaciencia, se metía un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja.

El fresco aroma de los cabellos, unido a su olor personal, excitaron de tal modo a Javier que se sorprendió de su propia reacción.

–Negociación. Yo quiero algo, tú quieres algo y luego llegamos a un acuerdo que nos beneficie mutuamente y que probablemente implique un grado aceptable de compromiso. Pensaba que, dada tu profesión, estarías al tanto del modo en que esto funciona.

–¿Y qué tengo yo que tú puedas desear? –inquirió con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Necesito casarme.

–Enhorabuena –replicó, un tanto sorprendida sin dejar de notar él énfasis puesto en la palabra «necesito» y una cierta preocupación

en su mirada.

–No me has preguntado de qué modo esto te concierne.

–Supongo que ya me lo contarás –observó, con un exagerado suspiro.

–Mi abuelo es un hombre chapado a la antigua… –empezó él con lentitud.

–Abreviaremos si te digo lo que yo sé. Hablas de Felipe Montero. Un hombre con dinero y poder, relacionado con un grupo de codiciosos que solo esperan poder reemplazarlo.

–Te hablo de un hombre con un cáncer terminal.

La mueca burlona desapareció de la cara de Kate.

–¡Oh, Dios! Lo siento mucho. No lo sabía.

–Nadie lo sabe. Si los mercados financieros se enteran de su situación, las acciones de los Montero perderían su valor de la noche a la mañana. La solución ideal es que el poder se transfiera a su sucesor antes de que su estado de salud sea de conocimiento público.

La sangre fría de Javier la sorprendió. ¿El abuelo no significaba nada más que cifras para él?

–Y tú quieres ser su sucesor.

–Soy el candidato más adecuado. Mi tío y primos, aunque muy eficaces, carecen de capacidad de liderato.

Kate se quedó atónita ante su arrogancia.

–No veo cuál es el problema. Tu abuelo necesita un heredero y tú lo eres. ¿Qué tiene que ver conmigo?

–Verás, ha insinuado que seré el elegido solo si estoy casado, y aquí es donde se manifiesta su vena anticuada porque incluso se ha tomado la molestia de buscarme novia.

–¿Y él no cree que puedas encontrar a alguien por ti mismo? –la sonrisa burlona de pronto desapareció de su cara–. ¿No serás…?

–¿Qué? –preguntó, impaciente.

Kate bajó la mirada al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, extremadamente aliviada de que él hubiese frenado su impetuosa lengua. Había cosas que no se le podían preguntar a un hombre y si era español, menos aún.

Una exclamación de incredulidad brotó finalmente de los labios de Javier. Si darle aviso, se adelantó hacia ella y le alzó la barbilla con una mano. Kate no opuso resistencia; estaba demasiado

sorprendida como para no hacer otra cosa más que mirarlo.

–¡Madre mía! Nunca antes me había visto en la necesidad de tener que defender mi orientación sexual –se burló. Kate se tapó la cara con las manos–. Pero nunca he evitado un desafío –añadió, suave como la seda. Kate lo miró entre los dedos y no le gustó el brillo acerado de sus ojos–. Permíteme asegurarte que me gustan las mujeres. Exclusivamente –concluyó, con los dientes apretados.

–Me alegro por ti. Solo fue un pensamiento que se me pasó por la cabeza. No hace falta hacer demostraciones imprudentes. Estoy absolutamente preparada para pensar que eres desenfrenadamente heterosexual.

–Lamento mucho no ajustarme al estereotipo que te has formado del clásico hombre mediterráneo, Kate. Me veré obligado a llevar la camisa abierta hasta la cintura –dijo mientras se abría algunos botones de la camisa y dejaba al descubierto una zona de piel dorada cubierta por un ligero vello oscuro–. Y tal vez llevar una medalla de oro. ¿Qué piensas? –la incitó con sarcasmo–. ¿Este vulgar exhibicionismo te hace sentir más segura? ¿O te doy un pellizco en el trasero?

¿Segura? Con el pulso martilleando en las sienes, Kate apartó los ojos de la piel bronceada. Mientras estuviera en el mismo país con ese hombre enloquecedor, que tergiversaba todo lo que decía, nunca se sentiría segura.

–Yo no clasifico a la gente –dijo acalorada–. Solo me extraña que todavía estés soltero a tu edad. Con eso no te estoy llamando viejo –intentó enmendarse al tiempo que pensaba que llamarlo gay y decrépito no le iba a facilitar la obtención de las fotografías.

–Así que todos los hombres solteros de treinta años tienen que ser homosexuales.

–No he querido decir nada de eso –dijo cerrando los ojos un segundo. Tras tomar una gran bocanada de aire lo miró de frente–. Me parece que estábamos hablando de tu aversión a los matrimonios concertados. ¿Cuál es el problema? ¿La elección que ha hecho tu abuelo de tu posible novia?

–No, Aria es hermosa, competente y está enamorada de mí.

–Bien por ti.

–Yo no estoy enamorado.

–¿Y eso te importa? –Kate no pudo ocultar su escepticismo.

«¿Y quién soy yo para hablar? Como si fuera una experta», pensó con tristeza mientras repasaba su breve vida amorosa. Seb había sido el único novio que había tenido, su primer amante y, a veces pensaba, posiblemente el último. No sufría; una vez que todo hubo pasado se dio cuenta de que lo único dañado había sido su amor propio. Tal vez Seb había tenido razón al decirle que no valía la pena continuar con una relación que no conducía a ninguna parte. «Siempre seré el segundo después de tu profesión», la acusó un día. Y no había tardado mucho tiempo en encontrar una chica que lo colocó en primer lugar. En la actualidad esperaban su primer hijo.

–Le tengo mucho afecto a Aria, demasiado como para casarme con ella. Así que lo que necesito es una mujer que comparta la ceremonia nupcial conmigo y después de un tiempo prudente nos separemos.

Kate se puso rígida, y lo miró con las pupilas dilatadas por la sorpresa. ¿Estaba sugiriendo…? No podía ser, tal vez el golpe en la cabeza le había dañado parte del cerebro, porque nadie en sus cabales podría imaginar a un hombre como ese urdiendo tales planes.

–Nunca hubiera pensado que tendrías problemas para encontrar a alguien que te agrade, especialmente si la remuneración por el contrato es generosa.

–Mi abuelo es un hombre muy inteligente. Una cazadotes no lo engañaría –las arrugas del ceño se acentuaron–. Necesito alguien diferente… en lo posible inglesa y rubia… Alguien que no se sienta fácilmente intimidada. Alguien que al final del día vuelva a su propia vida y me deje vivir la mía.

–¿Y por qué tiene que ser inglesa y rubia? –preguntó Kate, intrigada.

–Porque sabe que me enamoré de una mujer así –Kate respiró con dificultad, pero Javier siguió adelante–. ¿Piensas que no es posible que pueda amar a alguien?

Realmente lo que encontraba increíble era que una mujer tuviera el buen sentido de no corresponderle porque, como fuere, ese hombre rezumaba sensualidad por todos los poros.

–Una bonita dentadura, Kate, pero la boca abierta no te sienta bien.

Kate cerró la boca de golpe.

–¿Y por qué no te casas con esa mujer?

–Ese era mi proyecto, aunque dudo que ella se diera cuenta; pero ahora eso es irrelevante. El hecho es que se enamoró de otra persona, y da la casualidad que es uno de mis mejores amigos.

–¿Y eso te ha desanimado?

–No tiene nada que ver con la moral; no puedes obligar a alguien a que te quiera.

–¿Lo intentaste?

–¿Qué es esto, un servicio de orientación psicológica?

–Veo que lo hiciste, pero ella se opuso. ¡Vaya, me encantaría conocerla! –declaró imprudentemente.

–La vas a conocer. Sarah ha aceptado en ser testigo de nuestra boda mañana.

Capítulo 7

Kate pestañeó varias veces.
–¡Debes de estar loco si piensas que voy a consentir en casarme contigo para que puedas heredar el emporio familiar! –explotó.

Javier tosió consternado y luego tardó varios segundos en hacerse a la idea de que a un imperio multibillonario pudiera llamársele «emporio familiar».

–Te causará pocos problemas, trámite de papeles y nada más.

–Espero que esa Aria tuya no sea un familiar. Tengo la fuerte impresión de que ya ha habido demasiados matrimonios entre parientes en tu familia. No sé si me sigues, primos con primos, esa clase de cosas…

–Pensé que querías recuperar las fotos.

Una expresión de arrepentimiento cruzó la cara de Kate, pero tal vez así era mejor. Ya era hora de que Susie si hiciera responsable de sus propias acciones.

–Me preocupo por mi hermana, si es que sabes lo que es eso, y haría muchas cosas por ella.

Javier miró la magulladura de la sien.

–Se diría que ya lo has hecho.

–Pero casarse con un lunático chantajista no es una de ellas.

–A mi abuelo le encantará tu candor.

Kate alzó las manos en un gesto de desesperación.

–¿Es que no me has oído? No me voy a casar contigo –declaró con firmeza–. Ni siquiera si envías esas fotos a los periódicos. Aunque quizá te gustaría saber que si lo haces no serías mejor que ese canalla que emborrachó a mi hermana para luego fotografiarla –añadió mirándolo con una sonrisa desdeñosa.

Lo que vio en el rostro del hombre le hizo contener la respiración. Pensó que tal vez había ido demasiado lejos porque Javier luchaba visiblemente por contener la ira.

–Son tuyas –dijo al fin, con tranquilidad.

Kate miró el sobre que él puso en su regazo.

–¿Esto es un truco?

–No me interesa avergonzar a una familia a causa del error de uno de sus miembros. En cuanto a González, no escapará a la justicia –declaró, en un tono fríamente objetivo.

Con manos temblorosas ella tomó el sobre.

–¿No era esta tu oferta para negociar conmigo? No tiene sentido desperdiciarla.

–Soy un buen negociador, no un delincuente –replicó Javier con orgullo.

–Entonces no entiendo –dijo ella. Tras un momento de reflexión una sonrisa burlona asomó a sus labios–. Probablemente piensas que todo el mundo tiene un precio. Sí, veo que no me equivoco –añadió mirándolo de pies a cabeza.

Javier alzó las espesas pestañas. Su expresión irradiaba confianza en sí mismo.

–Todo es cuestión de descubrirlo.

Kate conocía sus propios defectos y la avaricia no era uno de ellos.

–No debes juzgar a todo el mundo según tus cánones. Verás, tu dinero no me interesa –confesó, con una nota de piedad en la voz.

–Tal vez no para ti –replicó, enfadado ante su tono.

–¿Qué quieres decir? –preguntó, con el ceño fruncido.

–Pensaba en tu proyecto de ampliar la unidad de quemados del hospital infantil donde a ti misma te trataron; además de dotarlo de las instalaciones necesarias para que las familias de niños con tratamiento a largo plazo puedan permanecer con ellos.

Kate se puso de puntillas, con el cuerpo rígido de suspicacia.

Aunque el proyecto era importante para ella y para otras personas interesadas en el asunto, la campaña de recaudación de fondos apenas había merecido una breve mención en la prensa local. Javier no podía saberlo, a menos que hubiera hablado en sueños.

–¿Cómo te enteraste? ¿Te lo dijeron mis padres o…?

–No he visto a tus padres desde la noche pasada.

–Entonces, ¿cómo?

–El cómo no tiene importancia.

Mientras intentaba ordenar sus pensamientos, Kate se llevó una mano a la cabeza, que le daba vueltas, y apretó los labios.

–Para mí sí que la tiene.

–No es complicado. Si sabes dónde mirar y a quién preguntar, puedes obtener información a cualquier hora del día.

«Implacable», pensó Kate cuando su mirada incrédula se encontró con la del hombre.

–Quieres decir que es fácil invadir la privacidad de las personas –le corrigió, disgustada por aquellas cuestionables estrategias.

–Y que lo digas. Cualquiera que esté en mi posición sabe cuán fácil es. Pero uno aprende a protegerse de los intrusos.

¡Su hipocresía era asombrosa!

–Sin lugar a dudas no crees en el principio de tratar a los demás como te gustaría que te tratasen a ti –observó con desdén–. ¿Qué otras cosas preguntaste sobre mí cuando hurgabas en mi vida?

–Solo las cosas importantes. Por ejemplo, sé que no tienes un novio que pueda obstaculizar nuestros planes.

Kate sintió que se le aflojaban las piernas y se apoyó en lo que tenía más a mano, que resultó ser el brazo de Javier.

–¿Nuestros planes? ¡Tus planes!

Bajo la tela de algodón podía sentir la textura del fino vello, el calor de la piel y, sobre todo, la fuerza acerada del brazo que la sostenía. La puñalada de energía sexual que sintió en el cuerpo fue tan inesperada e intensa, que la dejó sin aliento. Kate retiró la mano.

Tras expulsar aire en cortos jadeos, al fin se atrevió a mirarlo. Era mortificante comprobar la atracción sexual que ejercía sobre ella un ser tan despreciable. Un hombre para quien ella no era más que un utensilio manipulable en favor de sus propios intereses económicos.

Sin embargo, observó con sorpresa una chispa de algo peligrosamente parecido a la simpatía en los ojos de él. Una mirada que parecía decir que comprendía sus reacciones mejor que ella misma.

Decidida a demostrarle que al menos no era otra de las tontas que se desvanecían al verlo, devolvió la mirada con airado sarcasmo.

–¿Qué habrías hecho si hubiera tenido novio, Javier? ¿Arreglártelas para que sufriera un «accidente»?

–Te estás volviendo histérica –comentó con el gesto de alguien a

quien la discusión empezaba a aburrir.

Kate soltó una risa incrédula.

–No, pero es posible. Y te han informado mal. Tengo novio y se llama Seb Leigh. Es un abogado de un prestigioso bufete.

–No pongo en duda su capacidad. Sin embargo, el señor Leigh «fue» tu novio, ¿no es así, Kate? Fue tu segunda relación seria. Pero ya es un caso acabado. La relación terminó el año pasado y ahora él está casado… ¿Eso te molesta?

Kate se sintió como una estúpida que fingía tener novio. Lo que más la irritaba era dar la impresión de que se sentía incompleta sin un hombre, lo que estaba muy lejos de ser cierto.

–¿Tus informadores no te proporcionaron ese dato?

–Realmente no es importante. Solo me preguntaba si te arrepientes. Desde luego muchas mujeres como tú retrasan el matrimonio porque concentran sus energías en forjarse una carrera, no en una familia.

–Espero tener ambas en el futuro.

–A diferencia de las otras mujeres interesadas solo en su carrera, al parecer no has perdido esa especie de extraña ingenuidad –comentó, pensativamente.

–¿Y qué tiene de ingenuo pensar que se puede tener una carrera y una familia? –inquirió en tono agresivo.

–Una ingenuidad que no deja de ser atractiva –continuó, como si ella no hubiera hablado.

Javier sostuvo su mirada sorprendida y, antes de retirarla, notó la conmoción reflejada en el rostro de la joven.

«¿Así que reaccionas de este modo porque se ha dignado a decir que no eres totalmente repulsiva? ¡Qué triste!» pensó, temblorosa.

¡Lo último que quería era facilitarle la vida a Javier Montero!

–Sin embargo, es obvio que no soy tu tipo –Kate estaba decidida a anticiparse a un posible insulto.

La iridiscente mirada azul se posó en su rostro.

Sensata como era, decidió no relacionar su persona con la ardiente intensidad que vio en esos ojos cuando sus miradas se encontraron. Después de todo, la sensualidad era innata en él; se revelaba en el más leve movimiento, en sus facciones, en su voz. Pero el cuerpo de la joven se negó a oír sus razones porque respondió descaradamente a la mirada brillante de esos ojos

espectaculares. Luchando por controlar la respiración, fue consciente de la excitación de sus pechos y de la punzada lacerante en el bajo vientre.

–Jamás me casaría con alguien que me parezca repulsivo –declaró Javier.

–Ni yo tampoco. Normalmente –replicó al instante–. ¿Qué te hace tanta gracia?

–Que mientes muy mal.

–No, no es cierto –rebatió, indignada. Los ojos de él brillaron divertidos y Kate se mordió el labio–. Quiero decir que no estoy mintiendo.

–Si tienes razones para fingir que no adviertes la química sexual que hay entre nosotros, naturalmente que las aceptaré –declaró–. Esas obras que patrocinas seguramente necesitan fondos –añadió inalterable.

A Kate le costó tiempo y un gran esfuerzo pasar de sus turbulentos pensamientos personales a los asuntos económicos.

–Estamos reuniendo fondos. Organizamos regatas, patrocinamos… –empezó a explicar, atontada.

Química sexual, había dicho. La joven tragó saliva antes de mirar su boca. «Oh, Kate, ¿por qué no dijiste nada? ¿Por qué no hiciste un comentario casual? Tal vez porque no podías hacerlo?», pensó.

Javier chasqueó los dedos.

–Eso es una gota en el océano –dijo, desestimando la información.

–Pero lo conseguiremos. Desde luego que para ese entonces muchos niños enfermos serán mayores, los más afortunados, claro está.

–Con mi ayuda lo lograrás con mayor rapidez –la interrumpió.

Kate rio nerviosa,

–¿Tienes idea de lo que vale el proyecto? No hablamos de cientos ni siquiera de miles, hablamos…

–De millones, ya lo sé –interrumpió con toda calma.

–¿Y los pagarás? –Kate tragó saliva.

Lo que ese hombre ofrecía significaría mucho para cientos de personas. Los niños heridos, los padres, el personal sanitario especializado cuya dura labor y entrega mitigaba parcialmente la

carencia permanente de fondos para la unidad de quemados. «¿Cómo me voy a sentir la próxima vez que devuelvan a un niño a su casa por falta de camas, si el remedio está en mis manos?»

–Si aceptas casarte conmigo, ahora mismo firmo un talón y tú pones la cantidad –dijo Javier, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras los sentimientos encontrados se dibujaban en la cara de Kate.

La joven no podía apartar los ojos del talón y el bolígrafo que él puso en la mesa.

–Este dinero no significa nada para ti, ¿verdad? Y tampoco te importan los niños a quienes podría ayudar, ¿no es así?

–Vaya…

Javier alzó los hombros como respuesta a la susurrante acusación. Kate apretó los labios en un gesto de rebeldía.

–¿Qué pasaría si acepto tu proposición, deposito el dinero en un banco y me arrepiento a última hora?

Él esbozó una leve sonrisa.

–Confío en ti, eres una mujer de principios. Una persona que antepone el bienestar de los otros a sus propios deseos.

–No soy una mártir –rebatió con una mirada de aversión.

–No –concedió él–. Una mártir se casaría conmigo para ahorrarle una vergüenza a su familia. Tú te casarás conmigo para facilitar la atención sanitaria de miles de niños porque su causa te apasiona.

–¿Tan seguro estás de mí?

–Sí, podemos seguir discutiendo si quieres, pero tu decisión es inevitable y ambos lo sabemos.

Kate tragó saliva convulsivamente.

–Tengo una profesión.

–No te estoy pidiendo que la dejes; un año sabático sería más que suficiente para nuestros propósitos.

–Lo quiero todo por escrito y entregarás el dinero al hospital. ¿Lo harás? Debo de estar loca, completamente loca…

–Naturalmente que lo haré.

–¿Incluyendo una cláusula que garantice que no me pondrás un dedo encima?

–No puedes legislar sobre la pasión que surge entre dos personas –declaró al tiempo que su mirada perturbadora recorría el cuerpo de la joven–. ¿No te basta con mi palabra?

Kate echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada para ocultar su turbación.

–Eso es lo mas divertido que he oído en todo este tiempo. No te creería aunque me dijeras que la tierra es redonda –rebatió con animosidad.

Javier lamentó su beligerancia; sin embargo era un pequeño precio que tenía que pagar para que su abuelo muriera en paz. En todo caso era una lástima. Sospechaba que en otras circunstancias habrían podido ser amigos… Bueno, no exactamente, a causa de la atracción física que había entre ellos.

–Y pensar que se dice que la confianza es lo más importante en un matrimonio –suspiró.

Capítulo 8

El dedo índice de Javier tamborileaba impaciente sobre el volante cuando al fin apareció la rubia cabeza por una esquina. Javier observó que miraba furtivamente por encima de un hombro y luego por el otro. Entonces alzó la redonda barbilla, respiró a fondo, enderezó la espalda y se dirigió al coche con decisión, tan rápido como los altos tacones de las ridículas sandalias se lo permitían. Estaba claro que su orgullo le impedía dejar que él notara su temor, concluyó con admiración.

Mientras la joven se aproximaba al largo y resplandeciente vehículo, la oscura ventanilla del conductor descendió y Kate pudo ver a un Javier seguro de sí mismo, sentado tras el volante. Su esbelto cuerpo vestía un oscuro traje formal.

Kate se detuvo en seco al ver que lentamente se bajaba las elegantes gafas oscuras y la contemplaba por encima de ellas. Con el cuerpo rígido, la joven soportó el intenso escrutinio.

–Sube, no te quedes parada allí –dijo Javier al fin.

Sonrojada por su tono perentorio, se acomodó junto a él.

–Solo intentaba convencerme de que lo que estoy haciendo no es una fuga –Kate replicó con la intención de distraerlo del hecho vergonzoso de haberse quedado mirándolo como una adolescente.

–Llegas tarde –dijo, sin dejar de notar el atractivo rubor de las suaves mejillas.

Kate, a punto de disculparse por el retraso, cerró la boca de golpe antes de lanzarle un fría mirada. El movimiento de los ojos le recordó la presencia irritante de las lentillas, que raramente usaba.

–Susie fue a visitarme y tuve que esperar hasta que se marchara. ¿O preferirías que la hubiera traído?

La inesperada visita de Susie la había conmovido. Pero pronto se dio cuenta de que había ido solo para asegurarse de que Kate había recuperado las fotos. Con evidente alivio, Susie había recibido el sobre que le tendía su hermana mayor.

Una vez resuelto sus propios problemas, se había dedicado a

preguntarle por su amistad con Javier Montero.

Había sido demasiado fácil, casi insultante, convencer a la hermana menor de que la supuesta amistad con el financiero se debía solo a una mala interpretación.

–Lo sabía. Bueno, no quiero ofenderte, pero no es probable que un tipo como él se relacione con una chica como tú –comentó, muy pagada de sí misma. «Pero sí con alguien como yo», parecía decir su elocuente mirada.

–Es cierto, aunque él se lo pierde –replicó Kate.

–Tienes razón, Katie –Susie le dio unos estimulantes golpecitos en el hombro–. No sabes cómo admiro tu actitud tan positiva. Dime, ¿sale con alguien actualmente? –añadió, como por casualidad.

–¡Nada de actitud positiva! Si ese hombre estuviera un par de semanas en mi poder podría darle unas cuantas lecciones de humildad –se jactó Kate–. Y le haría un gran favor a las mujeres.

–A mí me pareció encantador.

–Si ibas vestida como ahora, no me sorprende.

La imagen de Javier tonteando con su hermanita la irritaba sobremanera.

Susie se echó a reír al tiempo que, satisfecha de sí misma, deslizaba las manos sobre sus esbeltos muslos, perfectamente bronceados.

–¡Manténte lejos de él, Susie! Es como una serpiente tortuosa –le advirtió Kate bruscamente. La hermana la miró atónita.

Había hablado con tanta vehemencia que Susie, con una risita nerviosa, se había despedido de ella tras recordar que tenía un compromiso.

¿Y qué explicaciones iba a dar cuando Susie supiera que se había casado con la serpiente?

A pesar de que al principio no era partidaria de ocultarlo a su familia, el encuentro con Susie le hizo pensar que Javier había tenido razón al decir que cuanto menos gente lo supiera, mucho mejor.

–¿Habrías preferido contar hoy con el apoyo de tu familia? –preguntó Javier con una mirada de soslayo que ella devolvió con resentimiento.

–Casarse contigo no es algo digno de compartir con nadie –respondió con sarcasmo–. Y además…

El resoplido de Javier cortó en seco la diatriba.

–Estoy preparado para soportar tus sarcasmos, pero solo hasta cierto punto –se limitó a declarar con frialdad, aunque ella intuyó que quería decirle muchas cosas más.

El ansia y los nervios de Kate dieron paso a la rabia y se lanzó al ataque.

–Si quieres que la gente crea que este matrimonio es real, tendrás que empezar por tratarme como si fuera un ser humano y no un cachorro desobediente.

«Sí, colega, puedo hablar lo que quiera sin tu permiso», se dijo al tiempo que él se volvía a mirarla.

Durante un segundo pensó que Javier iba a explotar, pero luego una expresión peligrosamente reflexiva cruzó su rostro sombrío.

–Real, ¿en qué sentido? –preguntó, con un brillo especulativo en los ojos.

Kate se ruborizó; era imposible confundir el claro sentido de esa mirada.

–No en el sentido que tú piensas –le advirtió en tono sombrío.

Consciente de la mirada masculina sobre sus piernas, intentó bajarse la falda del traje color crema.

–¿Y te has puesto eso? –inquirió Javier.

Si las circunstancias hubiesen sido distintas, la idea de que el día de su boda otros hombres contemplaran esas largas piernas torneadas lo habría perturbado.

Kate se sintió ofendida, pero no iba a permitir que criticara su traje, aunque la prenda hubiese vuelto de la tintorería unos cuantos centímetros más corta. El descubrimiento casi la había hecho llorar, pero no había tenido tiempo para cambiarse.

–Una vez tuve un novio que le gustaba verme con el pelo largo y las faldas cortas –comentó con fingida ligereza–. La relación duró poco. Pero creo que es bueno que sepas algo de mi vida y de mis anteriores relaciones –observó con peligrosa dulzura sin quitarle la vista de encima.

–No has tenido muchas experiencias amorosas. Y me sorprende, porque eres una mujer muy sensual y apasionada –observó Javier con franqueza y una sonrisa que casi paralizó el corazón de la joven.

–Vamos a dejar mi vida amorosa fuera de discusión.

–Pero tú sacaste el tema.

–No era esa mi intención, simplemente intentaba establecer unas cuantas reglas básicas.

–Tú vas a establecer reglamentos… a mí –replicó con sorprendida incredulidad.

Kate se encogió de hombros.

–O lo tomas o lo dejas.

Javier entrecerró los ojos.

–Veo que estás decidida a estropear el tiempo que pasemos juntos. ¿Siempre sientes la necesidad de llevar el mando en una relación?

–Nosotros no mantenemos relaciones de ninguna especie.

–Como tendremos que vernos a menudo en el futuro, creo que la vida sería más agradable para ambos si en lugar de pelear intentaras llevarte bien conmigo.

–Eso es pedir demasiado.

–Si tienes la esperanza de que te encuentre tan insoportable como para cancelar la boda, te advierto que no lo haré. Dicho sea de paso, ¿recibió los fondos el hospital? –preguntó con sibilina suavidad.

El tono de la pregunta la desequilibró.

–Sí –dijo, insegura. David Fenner, el director de la clínica se había mostrado eufórico. «No sé como agradecérselo», no dejaba de repetir. «Deseo que diga al donante anónimo cuánto significa esto para nosotros, Kate». En ese momento Kate se dio cuenta de que había quemado sus naves–. Estaban muy agradecidos –añadió.

–No deseo su gratitud –Kate sintió que estudiaba su rostro y alzó la barbilla–. Me interesas tú.

La tensión entre ellos aumentó.

–No quiero que me digas cómo tengo que vestirme –se escuchó farfullar–. Siento no poder permitirme ropa tan costosa como la tuya. Aunque algunas personas dirían que tu estilo tan clásico es un tanto insípido –dijo al tiempo que observaba la figura impecablemente bien vestida. Todo en él era caro y de buen gusto. Una mirada divertida apareció en los ojos de Javier.

–Eres muy franca y bastante severa contigo misma. Y no recuerdo haber dicho que no me gustara tu vestido –le recordó, sin poder evitar mirarle las piernas.

–La ropa no me preocupa en absoluto –dijo ella en tono infantil.

–¿Entonces por qué le das tanta importancia? En lo que a mí respecta no tengo el menor deseo de juzgar tu guardarropa. Simplemente me irritó no haber reparado en que quizá no tenías un vestido adecuado para la ocasión. Sé que algunas mujeres se preocupan mucho por su apariencia el día de su boda.

–Tu preocupación es conmovedora, pero innecesaria. Otra vez me confundes con una verdadera novia. Y créeme que no voy a mirar el álbum de fotos de la boda para recordar cuán fantástico estabas con tu traje de novio –comentó con amargura.

–Parece que mi aspecto te molesta.

–Me molesta todo lo que se refiere a ti –dijo con un gruñido de frustración–. Escucha, no hay ninguna razón para actuar como si esta fuese una boda de alta sociedad.

–Estás enfadada porque te he quitado la oportunidad de ir del brazo de tu padre por el pasillo de la iglesia flotando en vaporosos tules blancos.

–No estoy enfadada y, en lo que a mí concierne, cuantas menos cosas me recuerden este día mejor será.

Javier estaba a punto de responder con dureza cuando notó que una lágrima le corría por la mejilla, que se la secaba con el dorso de la mano y que parpadeaba rápidamente para impedir el llanto.

–Estaba un poco irritado cuando llegaste porque no me gusta esperar –dijo, conciliador–. Creo que es muy útil que conozcas estos pequeños detalles; ayudan a crear una atmósfera de intimidad.

–¡Intimidad! –rio burlonamente–. Te engañas si crees que voy a ser capaz de actuar amistosamente contigo.

–Pero lo intentarás –replicó con un matiz acerado en la voz.

–Era parte del trato –concedió ella, con inquietud.

–Y ya que hablamos de modales, creo que es bueno que modifiques los tuyos –dijo Javier, secamente.

–¿Qué pasa con mis modales?

–Eres petulante, agresiva y maniática –enumeró tranquilamente.

–Bueno, esos son pequeños detalles que debes conocer. Me pongo maniática cuando me veo obligada a casarme con un hombre odioso que desprecio profundamente. Un hombre que sería capaz de cualquier cosa por poder y dinero.

–¡Basta! –explotó Javier–. No te permito que me hables de esa

manera.

–¿De veras? Pensé que ayudaba a crear una atmósfera de intimidad.

–¡Por Dios! –resopló Javier al tiempo que reclinaba la cabeza en el asiento con los ojos cerrados y una profunda frustración.

Kate comprendió que había ido demasiado lejos y dejó escapar un suspiro.

–Lo siento –murmuró con los ojos llenos de lágrimas. Él abrió los suyos, sorprendido–. No soy justa. No debí acceder a casarme contigo, pero me venció la tentación… Gracias –añadió al sentir que le ponía un pañuelo impecable en la palma de la mano.

–Yo me he aprovechado de tu debilidad. Si se le puede llamar debilidad a tu preocupación por los demás –Javier se excusó con suavidad.

–Tú has cumplido con tu parte del trato. Yo cumpliré con la mía. Aunque creo que no has hecho una buena inversión –prometió la joven, con una sonrisa estoica.

–¿Por qué?

–Porque no soy exactamente una supermodelo.

–No me atrae mucho la idea de que alguien se otorgue el derecho de decirme qué es lo que debo encontrar atractivo en una mujer.

–Seguro, aunque tú puedes darte el lujo de elegir a quién quieras –dejó escapar con imprudencia.

Durante un momento Javier guardó silencio.

–Te refieres a mi dinero.

–Bueno, también eso, pero pensaba más en… –Kate se detuvo en seco.

–¿En qué? –preguntó sin dejar de observar el rubor que teñía las mejillas de la joven.

–Bueno, no eres exactamente lo que se dice feo. Y no actúes como si no lo supieras –dijo, a la defensiva.

–Me siento halagado –comentó con una chispa burlona en los ojos azules–. Y en cuanto al dinero, te considero una excelente inversión –añadió.

–¿No crees que la idea de perder la herencia te ha afectado el juicio?

–Incluso si así fuera, me costaría admitirlo. No olvides que soy

un arrogante macho español; y nunca nos equivocamos –replicó con ironía.

Las palabras de Javier provocaron una risa de buen humor en la joven.

–Tienes una risa encantadora –observó Javier.

Sus ojos se encontraron y Kate, confundida, dejó de reír.

–No damos la apariencia de ser dos personas que se conocen a fondo –comentó Javier, después de un largo silencio. La cara de Kate se iluminó. Quizá empezaba a darse cuenta de que esa ridícula farsa estaba condenada al fracaso–. Te apartas de mí cuando te toco.

–Eso es porque no me gusta que me toques… aunque espero acostumbrarme – dijo mientras pensaba que un abrazo ocasional no era un precio demasiado alto por lo que él le había dado.

–Sabes que es una tradición que en la ceremonia el novio bese a la novia –dijo mirando sus labios con intensidad.

De pronto, Javier se dio cuenta de la cantidad de veces que había pensado en besarla, casi desde el primer momento en que la vio.

–Si estás pensando en darme un beso… –murmuró, aprensiva–. Hay algo que…

–¿Qué quieres decirme?

–Lo he olvidado.

–Entonces no digas nada –sugirió mientras le tomaba la cara entre las manos y la atraía hacia él.

Kate sintió que la cercanía de ese cuerpo era arrolladora.

–No… –murmuró, embriagada por la fragancia masculina.

Sintió la leve caricia de los dedos en la mandíbula y se estremeció. La mirada ardiente de Javier estaba clavada en los labios llenos, sensuales.

Cuando las miradas se encontraron, Kate notó que se derretía al sentir el cálido aliento en la mejilla.

–Es muy arriesgado que nuestro primer beso sea en público – murmuró Javier.

–No había pensado en ello –repuso la joven.

Cuando la cabeza de Javier se inclinó sobre ella sus traidores sentidos enloquecieron de pronto. La boca del hombre cubrió la de

ella y no hubo nada brusco ni posesivo en la dulzura de ese beso.

–No ha estado tan mal –admitió con la voz enronquecida cuando él apartó ligeramente los labios de su boca.

–Entonces puede ser mucho mejor –prometió Javier antes de volver a besarla.

Esa vez no hubo nada casto en la urgencia de la caricia. Con un suave quejido, Kate le rodeó el cuello con los brazos y respondió con ardor a las eróticas incursiones de la lengua de Javier en su boca. Una ola de calor se apoderó de su cuerpo mientras él continuaba besándola con pasión.

Cuando apartó los labios, Kate jadeaba con los dedos todavía enredados en los oscuros cabellos.

Más tarde, ambos, todavía jadeantes, se apoyaron en el respaldo de los asientos.

–Una buena lección práctica. Pero no creo que la necesitaras –comentó ella cuando sus miradas desconcertadas volvieron a encontrarse.

La mirada de Javier cayó en los tentadores labios de la joven.

–Tampoco tú.

–Bueno, creo que ya podremos salir del paso en la ceremonia –Kate se oyó decir alegremente.

–Aunque tal vez sería apropiado moderarnos un poco en el altar, ¿no te parece? –rio Javier.

–Cierto, no estaría bien que te rasgara la ropa en medio de la ceremonia. En cuanto a la boda… –comentó Kate, sin mayor seguridad.

–¿Estás nerviosa? –la interrumpió, despreocupadamente.

–¿Te sorprendería mucho? Nunca he pasado por esto. La verdad es que me sentiría un poco más tranquila si no hubiera… demasiadas sorpresas –dijo en un tono forzadamente ligero.

–No habrá sorpresas; solo el padre y Sarah y su marido como testigos.

–¿Cómo es Sarah? –preguntó, sin poder contener su curiosidad.

–Es dulce y amable. Y demasiado sensible; en eso difiere mucho de ti.

Kate apretó los dientes.

–A veces la sensibilidad puede ser una desventaja.

–Te he ofendido, ¿verdad?

–De ninguna manera, la gente como yo somos duros por definición –comentó, con amargura.

–Lo dije sin intención de ofenderte, más bien al contrario. Tú eres una mujer de recursos y muy independiente. No todas las mujeres son tan seguras de sí mismas. Sarah es una persona… frágil, menos equipada que tú para enfrentarse a las demandas de la vida moderna.

–Quieres decir que si la hubieras acusado de estar liada con un traficante de drogas, ella…

–Nunca habría cometido tamaña equivocación –Javier cortó de inmediato.

–Entonces carece de la naturaleza delictiva que a mí me sobra.

–No te lo tomes a broma. Conocí a Sarah cuando mi hermana se encontraba en un programa de rehabilitación de drogadictos en Inglaterra. Ella era paciente en la misma clínica a causa de una anorexia.

Al instante desapareció el cinismo en la cara de Kate.

–¿Tu hermana era…?

–¿Drogadicta? Sí, lo era.

A pesar de la serenidad de su expresión, Kate se dio cuenta de que la dependencia de su hermana lo había afectado profundamente. Y de golpe comprendió su implicación personal al descubrir que alguien traficaba con drogas en el hotel.

–Allí se hizo amiga de Sarah. A finales de ese mismo año mi hermana la invitó a Mallorca.

–¿Y te enamoraste de ella?

Él se puso rígido.

–Eso es un asunto confidencial.

–¿Y crees que yo andaré contándolo por ahí?

–Otra vez te he ofendido.

–Olvídalo, a las personas duras como yo este tipo de comentario no les hace mella. Esa Sarah tuya no se sentirá celosa de mí, ¿verdad?

–No es mi Sarah –rebatió fríamente.

–De acuerdo. ¿Tu hermana se encuentra bien ahora?

Javier se volvió a mirarla y en lugar de morbosa curiosidad descubrió un genuino interés.

–Sí, gracias. Ahora estudia Historia Moderna en Oxford.

–Eso está bien –dijo Kate, al tiempo que le apretaba la mano con suavidad–. No tienes que culparte. Estas cosas suceden. Lo importante es que estuviste junto a ella cuando más te necesitaba –dijo mientras que, ruborizada, retiraba la mano al ver su mirada de desconcierto.

–¿Cómo sabes que estaba allí por ella?

–Presumo que fue así –dijo, con un suspiro exasperado–. Bueno, por si quieres saberlo, eres el tipo de persona que habría estado allí. Y debo admitir que nunca he sido buena en juzgar a las personas.

Se produjo un breve instante de tensión antes de que él comenzara a sonreír.

«¡Bravo!», pensó Kate al tiempo que Javier encendía el motor y arrancaba el coche.

Capítulo 9

Hay muy poco espacio para aparcar junto a la iglesia. ¿Qué te parece si dejo el coche aquí y hacemos el resto del camino a pie? –preguntó Javier.

–Muy bien.

Unos cuantos minutos más tarde, tras caminar por estrechas y empinadas callejuelas con balcones de hierro forjado llenos de macetas de flores, Javier se detuvo a esperar a Kate cuyos altos tacones le impedían andar con comodidad.

–Quizá no fue una buena idea dejar el coche tan lejos. Cuidado, aquí hay un escalón.

Kate ignoró la mano que le tendía.

–Puedo ver muy bien. Me he puesto las lentillas.

–Tienes unos ojos muy hermosos.

Kate dio un traspié.

–¿Qué te impulsó a ponerte esos zapatos tan poco prácticos para una boda? Te vas a hacer daño. Tal vez debería llevarte en brazos.

Kate sintió un vuelco en el estómago al pensar en esos fuertes y musculosos brazos en torno a su cuerpo.

–Tengo una idea mejor –dijo quitándose los zapatos.

–No puedes ir descalza a tu boda.

–¿Por qué no?

–Porque es inapropiado.

Kate se echó a reír.

–Demasiado tarde. Un hombre que ha comprado una novia no debería fijarse en detalles tan convencionales.

–No te he comprado –negó con brusquedad.

–No, solo se trata de un breve contrato de arrendamiento. Pero, vamos. No te quedes parado allí. ¡Muévete! –dijo alegremente mientras giraba sobre sí misma y le hacía señas con los zapatos en las manos.

La travesura de Kate hizo sonreír a Javier.

Caminaron en silencio durante un rato y, sin la molestia de los

zapatos, no tardaron mucho en llegar a lo alto de la colina donde se erguía la pequeña iglesia.

–¡Qué bonita! –exclamó Kate.

Javier sonrió complacido.

–¿Verdad que sí? Es muy antigua. Mis abuelos se casaron aquí. Se conocieron en Madrid después de la guerra. Los padres de ella eran diplomáticos y estaba comprometida con un cónsul. Hubo un enorme escándalo cuando se fugó con mi abuelo.

–¿Y acabaron aquí?

–Sí, y desde la boda, ella siempre sintió debilidad por la isla.

No había ninguna razón en particular para que esa información la obligara a sentirse aún más culpable por lo que iban a hacer, pero era así. Desde el principio, Kate había rechazado la idea de una ceremonia religiosa, pero Javier había insistido alegando que a los ojos de su abuelo una ceremonia civil no tenía valor alguno.

–¿Me trajiste aquí para impresionar a tu abuelo?

–Felipe no se impresiona fácilmente. Lo hice porque pensé que este era un lugar tranquilo para una boda, sin gran alboroto. Pero ahora que lo dices, creo que cuando sepa que nos hemos casado aquí se sentirá muy complacido.

Kate no se resistió cuando Javier, tras tomarla de la mano, la llevó a un lado del camino y le indicó que se sentara en una gran piedra lisa y suave.

–Mira, alguien ha dejado flores –dijo de pronto mientras señalaba un bonito ramillete puesto a los pies de una hermosa estatua de la Virgen.

Luego miró intrigada a Javier que iba hacia el lugar y se agachaba junto a un pequeño manantial.

–Dicen que esta fuente tiene poderes mágicos –explicó mientras recogía agua en las manos.

–¿Qué clase de poderes? –preguntó ella mientras él se acercaba con las manos llenas de agua que esparcían gotas como pequeños diamantes contra el sol.

Javier se arrodilló a sus pies.

Cuando Kate se dio cuenta de su intención, los escondió.

–No puedes hacer eso….

–No me voy a casar con una mujer con los pies sucios –dijo imperiosamente.

Kate le tendió una pierna de mala gana.

El agua que dejó caer sobre el pie ardiente y lleno de tierra estaba tan fría que dejó escapar un grito sofocado.

–Olvidé advertirte que el agua de la fuente está helada –dijo con una cálida mirada. Ella apartó los ojos al sentir la ola de excitación que se apoderaba de su cuerpo.

–Y ahora me lo dices –replicó, pero se quedó sentada tranquilamente mientras él repetía el proceso con el otro pie, con la mirada fija en la esbelta pantorrilla y el fino tobillo. Sus dedos eran una caricia en la piel.

Nunca se le habría ocurrido pensar que un poco de agua fría sobre los pies ardientes podría convertirse en una experiencia muy erótica.

–¿A qué poderes mágicos te referías? –preguntó, más que nada por la urgente necesidad de distraer la atención de la caricia de los largos dedos en el pie.

–A la fertilidad. Según la tradición popular si una mujer bebe de la fuente concebirá un hijo.

Kate miró el manantial y rio nerviosa.

–¿Todavía la gente cree cosas como esa?

–Bueno, por la ofrenda floral que vemos aquí, no me atrevería a negarlo –dijo con seriedad.

–Pero tú no lo crees, ¿verdad?

Javier alzó los hombros.

–No soy supersticioso, pero respeto las creencias de los demás y creo que corremos el peligro de perder muchos valores si volvemos la espalda a nuestras raíces.

Kate se quedó atónita. Nunca habría pensado que Javier podría tener esas opiniones.

–Personalmente me siento muy contenta de que el temor, el fanatismo y la superstición sean cosas del pasado –comentó con un estremecimiento.

–¿No crees que es tu propio temor lo que te molesta, el temor a todo aquello que la ciencia del siglo XXI no puede explicar?

–¡Tonterías! No pienso hacer campaña en favor del retorno de la quema de brujas.

–Quizá porque te conviene.

–¿Me estás llamando bruja?

Durante un instante se quedó contemplando la figura descalza sentada a sus pies, el pelo como una aureola dorada en torno al delicado rostro sonrosado.

–No se me ocurre otra explicación –se burló–. Bueno, ponte los zapatos. La ceremonia no puede comenzar sin nosotros.

–Presuntuoso, autoritario y además… supersticioso –observó Kate con aire de superioridad, pero sin poder ocultar su aprensión.

Una expresión satisfecha cruzó el rostro de Javier cuando ella buscó su mano, como un niño temeroso de aventurarse en un territorio prohibido.

–Hasta cierto punto todo el mundo es supersticioso, ya sea el futbolista con sus calcetines para la suerte o el banquero que derrama sal por encima del hombro –afirmó Javier.

–Pero yo no.

–Si estás tan segura, pruébalo.

–No hay modo de probarlo.

–Sí lo hay. Bebe agua de la fuente.

–No tengo sed.

–Lo que yo decía. Todo el mundo es supersticioso.

Kate apretó los dientes.

–Si está contaminada, sabré a quién culpar –gruñó al tiempo que se alejaba hacia la fuente.

Con un ademán desafiante, se echó un poco de agua en la mano y luego se la llevó a la boca.

–¿Y bien? –lo desafió.

–Estoy impresionado –comentó, absorto en los labios húmedos.

A pesar de la capitulación de Javier, Kate quedó con la intranquilizante sensación de haber hecho exactamente lo que él quería.

Quedaban unos cuantos metros para llegar a la iglesia, que Kate encontró incluso más bonita que de lejos, cuando vieron a una pareja que conversaba tranquilamente sentada a la sombra de los limoneros en un banco de piedra, adosado a un muro.

Ambos se volvieron al oír la exclamación de Kate que casi se había roto el tacón contra una piedra del camino.

Con la cara llena de alegría, la mujer se puso de pie rápidamente. El fornido hombre junto a ella, con un bebé de pelo oscuro en los brazos, lo hizo con más lentitud.

–¡Javier, por fin has llegado!¡Esto es tan emocionante que no puedo creerlo! ¡Una boda!

Kate sintió que Javier se ponía tenso y, sin pensarlo dos veces, le tomó la mano y se la apretó.

Javier se volvió hacia ella y, al ver la mirada que intentaba tranquilizarlo, sonrió más calmado.

Con la respiración suspendida, la joven observó a su alrededor. Los limoneros, el perfume del jazmín, la tarde soleada y la calidez de esos ojos que la acariciaron antes de volverse a la otra mujer, le hicieron comprender que ese era un instante mágico y que nunca podría olvidarlo.

–¡Sarah!

El asombro de Kate no tuvo límites al descubrir que el amor de la vida de Javier, lejos de ser la belleza que esperaba, era una criatura menuda de grandes ojos azules, una pequeña nariz cubierta de pecas y una sonrisa extraordinariamente dulce.

Muy femenina, era la clase de mujer que despertaba el instinto protector de los hombres, como le había sucedido a Javier. Kate, que nunca en su vida había deseado que la protegieran, experimentó un aguijonazo de envidia.

–Esta es Kate –dijo Javier. La joven sonrió con rigidez–. Kate, esta es Sarah, y ya conoces a Serge, desde luego; y el pequeño es Raul. Madre mía, cómo ha crecido desde la última vez que lo vi.

–Eso es porque casi nunca vienes a visitarnos –reprochó la madre, antes de volverse a Kate–. Tal vez ahora podrás hacer que venga de vez en cuando.

–Haré lo que pueda –respondió, vacilante.

Sin duda la mujer pensaba que iba a ser testigo de una auténtica boda.

–Señorita Anderson… –el hombre, que había presenciado la situación más indigna de su vida, asintió tímidamente cuando sus ojos se encontraron.

Kate se ruborizó de vergüenza.

–Kate –corrigió, envarada–. Es un placer volver a verte –mintió–. Y toda una sorpresa –añadió al tiempo que lanzaba a Javier una mirada de reproche que él fingió no ver.

Al menos podía haberle avisado que Serge iba a ser uno de los testigos.

–¡Qué niño tan encantador! –comentó con sinceridad mientras el padre le ponía un sombrerito para el sol.

–No nos hemos visto estos días, muchachote. Dame un abrazo –reprendió Sarah a Javier.

Ante la mirada indulgente de Serge, Sarah, aferrada al cuello de su amigo, le dio unos besos en la mejillas y en la boca, gesto que indignó a Kate, consciente de los sentimientos de Javier hacia ella. Pero al ver los ojos empañados de la mujer, descubrió que era imposible sentir antipatía hacia ella.

–Las he cortado de nuestro jardín, ¿no te importa, verdad? –dijo Sarah poniendo en las manos de Kate un ramo de flores atado con cinta de terciopelo azul y un paquete.

–¡Gracias! –exclamó Kate con sinceridad.

–Estamos muy contentos de que Javier haya encontrado alguien que lo haga feliz. Es el hombre más dulce del mundo; pero qué te voy a contar que tú ya no sepas.

Kate se sentía cada vez más incómoda.

–Kate piensa que soy autoritario y arrogante,… entre otras cosas, ¿verdad, querida?

–Sarah, tú que lo conoces más que yo, ¿siempre se impone con tanta autoridad? –preguntó Kate, con cierto resentimiento.

Tras un instante de sorpresa, Sarah dejó escapar una risita de aprobación.

–Definitivamente has encontrado la horma de tu zapato, Javier. Kate, ahora ven y cuéntamelo todo –sugirió con un alarmante tono conspirativo mientras intentaba separar a Kate del grupo. Pero ella se resistió con suave tenacidad–. Serge habla menos que una roca –continuó al tiempo que miraba a su marido con cariñosa exasperación–. ¿Hace cuánto tiempo que os conocéis?

–No mucho –fue la evasiva respuesta de Kate.

–El tiempo no es importante cuando uno encuentra a la persona adecuada, ¿verdad? –comentó con dulzura–. ¿Dónde vais a vivir? No te preocupes por el idioma, Kate. Cuando llegué aquí no sabía hablar castellano, pero ahora lo hago con fluidez, ¿no es cierto, Serge?

–Es cierto, querida –convino el marido con suavidad–. Me molesta interrumpir, pero me parece que el padre está esperando.

–De acuerdo, pero al menos abre el paquete. No es para él, es

para ti –insistió Sarah con una sonrisa sigilosa cuando Kate intentó entregárselo a Javier–. Ábrelo ahora.

Antes de hacerlo, Kate tendió el ramo a Javier que miró las flores como si fueran a morderlo.

–¡No puedo aceptar esto! –dijo con voz ahogada al ver la antigua mantilla de exquisito encaje.

Kate movió la cabeza de un lado a otro e intentó devolvérsela a Sarah que alzó las manos.

–Realmente no es mía –dijo mirando a Javier–. Él me la prestó el día de mi boda. Era de su abuela y deberías ponértela, Kate.

–Yo…. –balbuceó la joven.

¿Cómo explicarle a la romántica Sarah que ella era la última persona del mundo que Javier querría ver con esa reliquia familiar?

Sin embargo, él solucionó el dilema de inmediato. Tras quitarle la mantilla de las manos, le levantó la barbilla y arregló cuidadosamente los encajes sobre la brillante cabellera rubia.

–¡Estás preciosa! –exclamó Sarah.

–Muy hermosa –convino Javier suavemente mientras ponía el ramo de flores en las temblorosas manos de la joven.

Contra toda expectativa, una gran calma invadió a Kate cuando entró en la pequeña iglesia. ¿Debido a la influencia de la paz que se respiraba en el recinto o porque al fin aceptaba su destino?

Como fuese, hizo los votos con voz clara y entera, totalmente concentrada en la ceremonia y en la presencia del hombre a su lado, inesperadamente tenso.

En lugar de sentirse parte de una parodia, sintió como algo justo y natural devolver el beso que Javier depositaba en sus labios tras alzarle el velo.

Sin embargo, de vuelta a esa tarde soleada del brazo de su marido, la realidad de su situación la golpeó de tal modo que sintió que se mareaba.

Con gran esfuerzo de concentración oyó que Sarah se excusaba un momento para alimentar al pequeño Raul y luego vio que se alejaba con su hijo en brazos.

–Creo que necesito sentarme –jadeó Kate débilmente instantes después.

Al notar su intensa palidez, Javier de inmediato la tomó en

brazos como a un niño.

–¡Por Dios! –exclamó cuando la cabeza de Kate cayó sobre su hombro.

Tras murmurar una maldición, durante algunos segundos su mente quedó en blanco. ¿Se trataba de una secuela por el golpe en la cabeza, o el mareo se debía a la conmoción que le produjo contraer un matrimonio que la repugnaba?

Instantes más tarde, Kate parpadeó con dificultad.

–¡Qué tontería! Tal vez debí haber desayunado –murmuró al tiempo que abría lentamente los pesados párpados.

–¡No hay «tal vez» que valga! –tronó Javier, con evidente alivio–. Espero que no seas una de esas mujeres que se matan de hambre –añadió con suspicacia.

–¿Parezco una de ellas?

–Pareces un fantasma –respondió como si hubiera recibido un fuerte golpe.

–Llévala a casa, Javier. Le hará bien reposar en un lugar fresco. Sarah ha preparado un aperitivo; pensamos que os gustaría…

–No estoy seguro, pero gracias de todos modos, Serge. Si solo pudiera traer el coche hasta aquí.

–Ve a buscar el coche y yo me quedo con ella –propuso Serge, consciente de la preocupación de su amigo.

–Es una tontería. He sufrido un ligero mareo, eso es todo –protestó Kate cuando quedó acomodada junto a Serge en el banco de piedra.

–Harás lo que te digo –ordenó Javier.

–Ni soñarlo –murmuró ella.

–¿Has dicho algo, querida?

–Nada que pudiera gustarte.

–No lo dudo –repuso él con una sonrisa, antes de alejarse.

–¿Lo quieres?

Para Kate fue difícil encarar la tranquila mirada del hombre y optó por reír ante la absurda situación.

–¿Cómo podría quererlo si apenas lo conozco? Javier se casó conmigo para poder tomar las riendas de la empresa familiar.

–¿Eso es lo que te contó? ¿Que le preocupaba la herencia? Entonces no conoces a Felipe –Serge movió la cabeza de un lado a otro con expresión divertida.

–No nos movemos en los mismos círculos –respondió Kate, confundida.

–Si vieras a Felipe con Javier comprenderías que nunca desheredaría a su nieto; eso queda fuera de toda cuestión –declaró con firmeza.

–Han discutido. Quiere que Javier se case con una chica…

Serge rechazó la información alzando los hombros.

–Cierto, de vez en cuando tienen enfrentamientos; es inevitable. Ambos tienen una fuerte personalidad, pero Felipe adora a Javier. ¿Sabías que lo crió tras la muerte de su madre?

Algo en su tono de voz captó vivamente la atención de Kate. La joven tenía gran talento para interpretar aquello que la gente no expresaba.

–¿Cómo murió?

–A causa de una sobredosis. Javier sólo tenía diez años cuando la encontró muerta en su cama.

–¡Qué espantoso! –murmuró Kate con la voz ahogada, enferma ante el horrible pensamiento de que un niño de diez años tuviera que llevar en su mente esa imagen durante toda su vida. «Pobre Javier», pensó con el corazón apretado–. ¿Y el padre falleció también?

Serge negó con la cabeza.

–No, pero lo venció el sentimiento de culpa. Verás, su mujer lo adoraba, pero él era mujeriego y no muy discreto. Ha estado de un lado para otro durante algunos años. Creo que actualmente vive en una hacienda que la familia tiene en Venezuela; aunque lleva una vida muy discreta. Prácticamente dejó a Javier en manos del abuelo. Así que Felipe es el único padre que él recuerda.

–Pero, no entiendo –tartamudeó Kate–. ¿Por qué se casaría conmigo si lo que cuentas es cierto? ¿Si sabía que su abuelo no lo iba a desheredar?

–Estoy seguro de que tenía sus razones.

–¡Me mintió!

–Puede ser, pero creo… que te quiere.

–¿Me quiere? ¿Estás loco? Sabes muy bien cómo nos conocimos, hace solo cuarenta y ocho horas. Ni siquiera le soy simpática.

Serge esbozó una enigmática sonrisa.

–Me enamoré de Sarah desde el primer momento en que la vi.

–Lo mismo le pasó a Javier y no le fue muy bien. ¡Oh, Dios! –exclamó antes de llevarse la mano a la boca–. Lo siento, no era mi intención… –tartamudeó.

–No te preocupes, no me dices nada que ya no sepa.

–¿Y no te aflige? A pesar de la confianza que le tienes a tu amigo, ¿no queda siempre la duda?

–¿De qué tendría que preocuparme, Kate? Sarah nunca se ha percatado de la intensidad de los sentimientos de Javier y yo lo prefiero así. Sé que nunca se lo dirá a ella… –Serge se detuvo y la miró expectante.

–Y yo no diré una palabra –prometió la joven.

–Está bien. Déjame contarte una historia y tal vez comprenderás por qué Javier siempre será bienvenido en mi casa. Cuando Sarah era muy joven contrajo una infección vaginal por una relación sexual. La dejó incapacitada para concebir un hijo, y cuando nos conocimos, temió que yo la rechazara –dijo con una sonrisa de incredulidad que estrujó el corazón de Kate.

A su modo de ver, Sarah era una persona muy afortunada al inspirar esa clase de amor, y no solo en uno, sino en dos hombres.

–Comprendo…

–Yo no soy un hombre adinerado –continuó Serge–. Una fertilización in vitro es un tratamiento muy costoso. A pesar de nuestros esfuerzos, no pudimos conseguir el dinero necesario y Sarah cayó en una profunda depresión.

–Pero ahora tienes a Raul.

A Serge se le iluminaron los ojos,

–Sí, tenemos a Raul gracias a Javier. Lo organizó todo para que pasáramos un tiempo con la familia de Sarah en Inglaterra y cuando ella empezó a recuperarse, nos envió al mejor médico experto en fertilización de Inglaterra. El médico nos habló con toda franqueza. Teníamos pocas posibilidades, ya que Sarah además había padecido de anorexia. Después de mucho pensarlo decidimos correr el riesgo. Nos ayudó enormemente contar con el apoyo de su familia y el resultado fue Raul.

Muy conmovida, Kate pensó que Javier Montero era una persona carismática, muy compleja y muchísimo más que un simple hombre irresistible.

Javier había bloqueado el camino con su coche y Kate estaba a punto de amonestarlo, cuando Sarah llegó corriendo.

–¿Te encuentras bien, Kate? –jadeó, intranquila.

–Totalmente recuperada.

–¿Estás segura? Serge dijo que te habías desmayado –explicó, y de pronto una idea cruzó su rostro–. ¿No estarás embarazada, verdad?

–No, de ninguna manera –respondió Kate, sin atreverse a mirar a Javier.

–Es una lástima. Sería bonito que no hubiera tanta diferencia de edad entre Raul y tu primer hijo –comentó, desilusionada.

Kate apenas pudo dar crédito a sus oídos cuando Javier se dirigió a Sarah maliciosamente:

–Todavía no, pero te advierto que bebió agua de la fuente, camino a la iglesia.

–No bromees, Javier. ¿No ves que avergüenzas a la chica? Siento mucho que la ceremonia haya sido tan modesta.

–Mi abuelo no se encuentra bien, Sarah. No habría sido justo someterlo a la tensión de una gran fiesta, y además no podíamos esperar, ¿verdad, querida? –dijo Javier, con una mirada acariciante.

Kate asintió sin decir palabra.

–Siento mucho lo de tu abuelo, Javier.

–No te preocupes, Sarah. Siento tanto que Kate no se encuentre bien. Nos habría gustado celebrar la boda con vosotros, pero lo dejaremos para una próxima oportunidad, ¿te parece bien?

–¡Claro que sí! –exclamó Sarah, radiante.

Capítulo 10

En la suite había dos dormitorios, a diferencia del hotel anterior. Kate no tenía nada que colocar en su habitación, pero pronto descubrió que Javier se había anticipado. En el armario colgaban perchas con ropa de diseño, y todas de su talla. Y también había ropa interior cuidadosamente puesta en los cajones.

Todavía adormilada después de la siesta en el coche, entró en la sala de estar con una pastilla de jabón con aroma de hierbas, que era el que solía usar. Y estaba segura de que no era una coincidencia.

–¿Cómo sabías…?

–Gracias a una meticulosa investigación –explicó Javier mientras bebía un sorbo de whisky–. Una ducha te refrescará –sugirió mientras sus ojos recorrían el traje color crema–. ¿O prefieres que te traigan algo para comer?

–Puedo aceptar una pastilla de jabón, pero no la ropa –dijo Kate, con los dientes apretados.

–Puedes aceptar millones de libras esterlinas, pero no unos cuantos vestidos. Allí debe de haber una lógica que a mí se me escapa.

–No es lo mismo y tú lo sabes.

–Necesitas ir bien vestida. Se espera que mi esposa tenga una cierta imagen.

–Siento mucho que no te guste mi ropa, pero no pienso disfrazarme como una fulana. Así que ya puedes cancelar las visitas al peluquero y al asesor de imagen. Esto no formaba parte del trato. Y no puedes alegar que no te advertí que yo no era una buena inversión. Pero tú insististe en casarte. Así que siento mucho avergonzarte ante tu familia y los amigos –cuando hubo terminado, sintió un súbito deseo de echarse a llorar.

Javier dejó escapar un silbido.

–Como sabía que no podías traer equipaje para evitar comentarios, me pareció razonable hacer que trajeran ropa de tu

talla. Me limité a pedir que fueran trajes sencillos y clásicos, como la ropa que sueles llevar. Es cierto que frecuentaremos lugares donde la gente va lujosamente vestida. Pero puedes ponerte esos vestidos de los grandes almacenes, hechos en serie, si eso es lo que quieres.

–Vaya…

–Ah, y dicho sea de paso, me encanta tu cabello. No me gustaría que cambiaras de peinado. Aunque sé que para llevarme la contraria hasta eres capaz de teñírtelos de púrpura –dijo suavemente.

Desconcertada, Kate tragó saliva.

–Bueno, quizá me he precipitado respecto a la ropa, pero debiste haberme avisado que veníamos aquí. Oh, Dios; todavía tengo que llamar a mis padres. Estarán preocupados.

–Les he dejado un mensaje explicándoles que te sentías mucho mejor, que te he llevado a visitar a unos amigos y que probablemente pasaremos la noche fuera.

–Una mentira para cada ocasión.

–Ninguna mentira; Serge es mi amigo y además es el gerente de este hotel.

–¿Así fue como lo conociste?

–Mis abuelos tenían una villa cerca de aquí, donde solíamos pasar los veranos –empezó a contarle. A juzgar por su sonrisa, eran buenos recuerdos–. La madre de Serge era el ama de llaves. Con Serge solíamos recorrer muchos lugares. Este era uno de nuestros favoritos. En ese entonces eran unas ruinas… pero seguramente no te interesan mis recuerdos de infancia. Cambiando de tema, ¿te complace el modo en que he dispuesto las cosas?

–Parece que lo tuvieras todo previsto.

–No todo, pensé que… –se interrumpió con los ojos fijos en ella–. Bueno, parece que no te gustó que haya dejado un mensaje a tus padres.

–No es eso. Bueno, lo que ocurre es que estoy acostumbrada a hacer las cosas por mí misma. Me extraña que alguien hable en mi nombre.

–Ah, sí. Olvidaba que eres una mujer independiente.

Kate lo miró furiosa.

–No te atrevas a ser condescendiente conmigo o…

–Si vas a amenazar a alguien, siempre es más efectivo decidir de antemano cómo vas a intimidar a tu víctima –le aconsejó con suavidad–. Creo que en las parejas casadas el método más utilizado es la negación de los favores sexuales. Pero primero hay que garantizarlos –dijo en un tono levemente divertido.

Al ver que la conversación se desviaba a terrenos peligrosos, Kate intentó cambiar de tema.

–Solo quería decir que habría preferido que primero me hubieras consultado. Me habría sentido menos…

–¿Menos qué?

–Manipulada –confesó.

–¿Es así como te sientes conmigo?

–Olvídalo, solo me sobresaltó despertar y encontrarme aquí.

Javier recordó que su primera reacción no fue de sobresalto. Eso vino después.

La había despertado suavemente y al verlo, en sus ojos aterciopelados había aparecido una soñolienta mirada tan sensual que lo había dejado sin aliento. En esos instantes, despojada de sus habituales defensas, lo había mirado con una suave calidez que nacía del fondo de sí misma. Luego le había tocado la mejilla y Javier sintió que lo invadía una ola de deseo.

–No eres un sueño –había susurrado, antes de darse cuenta dónde estaba y con quién se encontraba.

Impulsado por ese recuerdo se levantó de un salto y empezó a pasearse por la habitación. Todo su cuerpo irradiaba una incansable energía. Al verlo salir a la terraza con una barandilla de hierro forjado y llena de tiestos de flores, Kate pensó que él empezaba a arrepentirse de lo que habían hecho.

Luego, volvió de la terraza y se aproximó a ella con el ceño fruncido. Kate retrocedió.

–¿Pensaste que esta noche volveríamos al hotel, te enfrentarías a tu familia y compartirías habitación con tu hermana?

–Bueno, la verdad es que estaba tan concentrada en la boda misma que no se me ocurrió pensar en la luna de miel –dijo con ingenuidad–. ¿He dicho algo gracioso? ¿Por qué sonríes así? Desde luego que no me refiero a la luna de miel en el sentido literal de la palabra –aclaró rápidamente.

–A mi ego superdesarrollado le haría muy bien tu compañía.

–¿Sabes cuánto tiempo tendremos que fingir que estamos casados?

–De hecho lo estamos; tengo documentos para probarlo.

–Pero no en el sentido estricto.

–Ya me había dado cuenta.

–Este es un hotel muy bonito –comentó Kate para cambiar de tema.

Entonces salió a la terraza y contempló el patio soleado y las montañas al fondo del paisaje. Luego se asomó sobre la baranda del balcón para contemplar la fuente a sus pies. El único sonido que se oía era el murmullo del surtidor de agua y el zumbido distante de las abejas entre las plantas.

–Cuando examinamos los folletos turísticos, yo elegí este hotel, pero no me hicieron caso –dijo con los ojos cerrados y la cara al sol.

Javier no tuvo dificultad en adivinar quién había sido. La hermanita menor, con sus maneras encantadoras, siempre parecía conseguir lo que quería. Y peor aún, Kate parecía resignada a ocupar un segundo puesto. Sin embargo, según él, si había una mujer digna del primer lugar esa era Katherine M. Anderson.

Kate no se dio cuenta de que él la había seguido hasta la terraza hasta que no sintió su tibio aliento en el cuello.

–Cobarde… –susurró.

Kate se sobresaltó de tal manera que perdió el equilibrio y casi cayó al vacío.

–¡Por Dios! –gritó Javier al tiempo que la apartaba de la balaustrada y la volvía hacia sí.

Con una mano en la espalda de la joven la atrajo hacia su cuerpo. El contacto físico fue una exquisita tortura para ambos.

Entre sus brazos no solo fue consciente de su fuerza sino además de la energía que vibraba en su duro cuerpo delgado.

–¿Querías matarte? –preguntó, con la voz enronquecida.

La tensión sexual entre ambos se convirtió casi en una presencia física en la estancia. Kate sintió que se le aflojan las piernas y una opresión en el pecho que casi le impedía respirar.

–Fue culpa tuya. No debiste asustarme –murmuró.

Casi con un gemido Javier, recorrió con el pulgar los tiernos labios de la joven.

–Por favor… –susurró ella, antes de que la boca de Javier se

posesionara de la suya.

–Kate…

Ella entreabrió los labios para sentir el sabor de él en su boca y sus dedos se enredaron en el pelo oscuro de la nuca del hombre mientras sus caderas se ceñían desesperadamente a las de él hasta sentir la dureza de su virilidad contra su vientre.

–Eres tan hermoso –gimió al tiempo que le abría la camisa con manos temblorosas.

Con un suspiro de placer sus dedos recorrieron el pecho del hombre.

–Te deseo tanto –murmuró él.

–¿A qué esperas entonces? Tócame.

–¿Así?

–Exactamente así –suspiró voluptuosamente y echó la cabeza hacia atrás con los labios entreabiertos.

–Kate…

Javier no apartó la mirada del enrojecido rostro mientras bajaba la cremallera del vestido que luego cayó a los pies de Kate.

–Mi brazo –empezó a decir descubriendo una vulnerabilidad que nunca hasta entonces se había permitido.

–No te preocupes. Quiero besar con mucho cuidado cada centímetro de tu cuerpo –dijo mientras se arrodillaba y empezaba a besar la suave piel del estómago.

La ola de fuego dentro del cuerpo de Kate se tornó más intensa cuando él comenzó a quitarle el sujetador y luego besó sus pechos desnudos.

Al principio ninguno de los dos oyó el sonido del teléfono. Luego lo ignoraron de tácito acuerdo, pero finalmente se impuso la insistencia del repiqueteo.

Javier dejó escapar un juramento en su idioma.

–Vuelvo enseguida –prometió.

–Y si no lo haces, yo iré a buscarte –amenazó ella mientras contemplaba con apasionado placer la perfección del cuerpo masculino que se alejaba en dirección al teléfono.

Aunque Javier hablaba en castellano con la otra persona, Kate no tardó mucho en darse cuenta de que algo iba mal, muy mal.

Cuando cortó la comunicación, ella estaba sentada en el sofá con

las manos en el regazo. Al ver su rostro se alegró de haberse vestido. Por instinto sabía que Javier no iba a ser su amante esa noche.

–Mi abuelo ha muerto –anunció, extrañamente sereno y lejano.

Kate respiró con dificultad.

–Pero yo creía…

–No fue la enfermedad. Su avión se estrelló. ¿No te parece irónico?

–Lo siento tanto, Javier.

La sincera simpatía de sus palabras parecieron alejarlo más de ella. A Kate le pareció difícil creer que ese era el mismo hombre apasionado que instantes atrás la había introducido en un mundo de tanta sensualidad como nunca había experimentado en su vida.

–Me necesitan en casa.

–Desde luego que sí.

«¿Y quién te consolará a ti?», gritó su corazón.

–El jet privado,… bueno, el otro jet privado –se corrigió con sombría ironía–, vendrá a buscarme. Me marcharé muy temprano en la mañana.

Me marcho. No dijo nos marchamos. Por supuesto; a partir de ese momento todo había cambiado. Ya no hacía falta fingir. «Ahora ya no necesita una esposa, ya no me necesita».

–Si solo hubieras esperado un día más, no habrías tenido necesidad de casarte conmigo…

Javier hizo una mueca.

–Una de las pequeñas ironías de la vida –convino con sombría seriedad.

–¿Por qué te casaste conmigo, Javier? Serge me contó que de ninguna manera tu abuelo pensaba desheredarte.

–Es cierto yo fingía tomar sus amenazas en serio, requería muy poco esfuerzo de mi parte. Jugar al déspota sin corazón era uno de sus grandes placeres en la vida.

La expresión de su semblante al hablar de su abuelo inundó de lágrimas los ojos de Kate.

–Entonces, ¿por qué?

–Quería que sus últimos días fuesen felices –explicó, con sencillez.

–Y ahora, ¿qué va a pasar conmigo? –preguntó Kate, vacilante.

Se produjo un profundo silencio que Javier parecía no tener intenciones de romper. Cuanto más duraba, más avergonzada se sentía ella. «Qué egoísmo. Acaba de enterarse de la muerte de su abuelo y yo lo molesto con mis problemas personales»–. Sé que tienes muchas cosas en qué pensar, solo me preguntaba…

–¿Qué quieres que suceda, Kate? –preguntó con dureza.

No estaba preparada para esa pregunta, así que alzó los hombros desconcertada.

–¿Yo? Supongo que quiero que las cosas vuelvan a su origen. Y nadie sabrá nunca lo que ha sucedido.

De pronto, Kate supo con toda certeza que las cosas nunca serían igual que antes porque todo lo sucedido en esos dos días la había hecho cambiar, en gran parte debido al contacto con ese hombre. ¿Era posible que estuviera un poco enamorada de él? «¡Oh, Dios, no».

–Como quieras –dijo Javier encogiéndose de hombros. Ese gesto despreocupado le hizo pensar con dolor que la escena de amor no había sido nada más que la respuesta normal al deseo que había demostrado por él–. Me encargaré de que te lleven a tu hotel.

–Gracias.

Javier alzó los ojos y la miró. El dolor que había en esa mirada era tan profundo que alargó una mano hacia él para consolarlo con una caricia. Pero él pareció tomar ese gesto no solo con desdén, sino con aversión. Bajo su fría mirada Kate dejó caer la mano a un costado.

–Si me dispensas, voy a llamar a mi hermana. Aún no sabe lo ocurrido y quiero ser el primero en decírselo. Será muy duro para ella.

Kate, encerrada durante horas en su dormitorio, con el cuerpo rígido de tensión, escuchaba el sonido de los pasos de Javier arriba y abajo en su propia habitación.

La tristeza por el dolor de él era tan aguda como un cuchillo clavado en el pecho, dolor que se agravaba por la imposibilidad de hacer nada por él.

Tras media hora de imaginar su silencioso sufrimiento, Kate no pudo soportarlo más y fue a su habitación.

Si estaba dormido, se marcharía y él nunca sabría que había

estado allí. Y si no… Bueno, sabría que estaba bien y eso era todo lo que ella necesitaba saber.

Pero Javier no dormía,.

Estaba sentado al borde de la cama con la cabeza entre las manos. De pronto le pareció que su presencia allí no era una buena idea. Empezó a retroceder y ya tenía el pomo de la puerta en la mano cuando él alzó la cabeza.

–Deberías estar durmiendo.

–Oí que te paseabas.

Se lo veía tan afligido que Kate deseó estrecharlo entre sus brazos, pero la hostilidad que irradiaba la detuvo.

–Siento molestarte. No haré ruido.

–Eso no importa –replicó con gran frustración.

–¿Entonces qué te preocupa? Ah, sí. Mi agonía. Sientes lástima por mí –dijo con una mueca irónica–. Tal vez quieres consolarme con el calor de tu hermoso cuerpo, ¿verdad?

Kate alzó la barbilla.

–No te vas a deshacer de mí tan fácilmente –declaró con tranquilidad.

En su interior no se sentía tan segura. No era una empresa alegre arrojarse a los brazos del hombre amado a sabiendas de que no era correspondida.

Los ojos de Javier se agrandaron por la sorpresa. Tras pasarse la mano por los muslos se inclinó hacia adelante y luego movió la cabeza de un lado a otro.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–¿Y a ti qué te parece? –replicó al tiempo que se quitaba de los hombros los tirantes del camisón.

Tras respirar hondo, soltó la prenda de seda que cayó a sus pies.

Javier dejó escapar un silbido ahogado.

Con un brillo desafiante en los ojos, se apartó del camisón.

La mirada ardiente de Javier recorrió compulsivamente el esbelto cuerpo desnudo.

–Dios mío –respiró sofocado–. No quiero un sacrificio.

–Javier, realmente no estoy pensando en lo que tú quieres, sino en lo que yo quiero… y necesito –dijo, estremecida–. Hace poco empezaste algo…

«¿Qué estás haciendo, Kate? No eres tú», la joven sintió una voz

horrorizada en su interior.

«Pero soy yo. Y nunca he sido más yo misma». Una sonrisa afloró a sus labios mientras una ola de confianza en sí misma se apoderaba de todo su ser.

–No lo he olvidado –murmuró Javier, casi sin habla–. ¡Madre mía, pero si eres perfecta!

–Perfecta, no; pero estoy aquí y tengo frío.

–Creo que eso se puede arreglar –dijo al tiempo que la alzaba en sus brazos y la llevaba a la cama.

Ella cerró los ojos mientras sentía los labios de Javier en la garganta. Dejó escapar un profundo suspiro cuando las grandes y sabias manos acariciaron sus pechos y bajaron al vientre. Una de ellas se quedó allí mientras la otra se deslizó entre las piernas. Durante un instante el cuerpo de Kate se puso rígido, pero luego instintivamente se relajó. Las caricias hicieron vibrar su cuerpo de placer.

–¿Te gusta así?… ¿Y así?

Kate asintió con un gemido.

–No es que me guste lo que me haces, es que me encanta. Me encanta tu mirada, tu acento, tu olor, todo –gritó.

–Kate…

Y la besó desesperadamente, hasta incendiarle la sangre. Con los labios unidos a los suyos, Kate empezó a desnudarlo con una rapidez enfebrecida.

–¿Te he dicho alguna vez que eres lo más hermoso que he visto en mi vida? Hasta donde he podido ver, claro está –añadió, mientras él la ayudaba.

Javier dejó escapar una sonora risa.

Cuando Kate pudo ver el resto del cuerpo desnudo, sintió que una ola de lujuria y anhelo debilitaba el suyo al contemplar la perfección de los miembros bronceados, de largos músculos, mientras Javier se arrodillaba entre sus piernas.

–¿Cuál es el veredicto?

Kate alzó lentamente los ojos.

–No hables –imploró con voz enronquecida mientras lo atraía hacia sí.

Los ojos de Javier se ensombrecieron cuando se inclinó hacia ella y, antes de penetrar en su cuerpo, acarició con la lengua la

punta de los pechos temblorosos. El cuerpo de Kate se arqueó hacia él y dejó escapar un grito mientras sus dedos se enredaban en el pelo de Javier y gemía su nombre.

–¡Más, más, por favor! –jadeó con los labios unidos a los del hombre.

Más tarde, cuando yacían juntos, Kate con el cuerpo aún tembloroso, recordó con una sonrisa satisfecha cómo sus sentidos habían respondido salvajemente a la pasión de Javier.

Mientras el sudor de sus cuerpos se enfriaba, permaneció tendida en la oscuridad acariciando los cabellos de Javier que reposaba con la cabeza entre sus pechos. Todavía estaba despierta cuando él abrió los ojos unas horas más tarde y volvieron a amarse.

Esa segunda vez fue menos urgente, pero no menos dulce. Más tarde se quedó dormida y, al despertar, descubrió que era de día y que estaba sola.

No lloró. El llanto habría sido una especie de liberación y ella ya no podía liberarse.

Capítulo 11

El jefe del bufete de abogados, hombre normalmente taciturno, estaba muy animado cuando se acercó a la mesa que Kate compartía con unos colegas para felicitarla personalmente por su brillante actuación en el caso Benton. Terminó diciendo que era uno de los miembros más valiosos del equipo.

Kate recibió el cumplido con una sonrisa incómoda.

–Esto merece otra botella de champán –gritó su acompañante cuando el jefe se hubo alejado. Levantó su copa con los ojos puestos en Kate sin poder disimular una sombra de rencor en el alegre brindis–. Una chica muy inteligente, la preferida de su profesor.

–Bueno, estaba un tanto eufórico. Tal vez ha bebido demasiado –dijo ella sonriente, con la intención de minimizar el incidente ya que sabía que el afán competitivo de Ian no soportaba sus éxitos recientes.

Y a decir verdad, las alabanzas del jefe la hicieron sentirse como una estafadora. No era su dedicación ni el deseo de eclipsar a sus colegas lo que la había impulsado a dedicarse a su trabajo en cuerpo y alma, sino la necesidad de llenar las horas del día.

Dado que llegaba a la oficina mucho antes que los demás y se marchaba mucho después que el resto, cargada de documentos, en teoría no le habría quedado tiempo para pensar. Desgraciadamente, a pesar del duro trabajo o del cansancio cuando caía en la cama, Javier nunca se alejaba de sus pensamientos.

Los detalles más absurdos se lo recordaban continuamente. Nunca antes se había fijado en la cantidad de hombres altos que había en Londres. Como tampoco que el acento español se oyera con tanta frecuencia en el Metro o en los autobuses.

Cuando una de las secretarias regresó de sus vacaciones en Mallorca, hablando maravillas de sus experiencias en la isla, Kate tuvo que encerrarse media hora en el lavabo para recuperar la serenidad. Y las noches eran lo peor. Los recuerdos se apoderaban de ella impidiéndole el sueño reparador.

Afortunadamente, esa tarde nadie había notado sus ojos enrojecidos, como tampoco habían notado que, tras su vuelta de Mallorca, era otra persona. Estaba segura de que el cambio se iba a reflejar en su rostro, pero comprobó sorprendida que lo único que habían observado sus compañeros era el cambio de las gafas por las lentillas.

–No – contradijo Ian–. Sampson es cuáquero. No bebe.

–No quiero más, gracias Ian –sonrió Kate al poner una mano sobre su copa casi llena.

Cuando bebía mucho, Ian se ponía pesado y de mal humor. Era abogado, como la mayoría de las personas que asistían a la fiesta benéfica organizada por el Colegio de Abogados.

Era tarde y reinaba una alegre atmósfera. Los invitados habían comido y bebido a gusto, habían soportado los inevitables discursos y en ese momento estaban decididos a pasarlo bien, especialmente Ian.

–Vamos, Katie. No has bebido en toda la noche.

Sandy, sentada frente a Kate, lanzó a su amiga una mirada solidaria.

–Ian, ponme un poco más a mí, gracias –gritó alegremente–. El viejo Sampson debe de estar triste por la oferta que te han hecho, Kate.

–Entonces los rumores son ciertos; tienes una oferta de Hargreaves y St John –exclamó Ian–. No debe de haber sido difícil con la ayuda del papaíto Sampson. Me lo imagino presionando a los colegas influyentes –añadió, con amargura.

–Tonterías, Ian –rebatió calmadamente otro abogado sentado junto a él–. Kate es endemoniadamente buena y tú lo sabes.

–Mejor no hablar, viejo Toby –gruñó, con la cara enrojecida.

Kate se sintió aliviada al ver que las otras dos mujeres que los acompañaban en la mesa volvían del lavabo. Ambas parecían muy animadas.

–Nunca podréis adivinar a quién acabamos de ver –gritó una de ella.

–Danos una pista. ¿Actriz, una mujer política, alguien de la realeza?

–Es un hombre.

–¿Y lo habéis visto en el lavabo de señoras? ¡Qué lástima! –dijo

Kate.

Todo el mundo se echó a reír.

–No lo hemos visto en el lavabo, estaba con el ministro de… bueno, el que escribió esa novela policial.

–Nos dejas igual. Mejor nos vamos a bailar –dijo Toby mientras se alejaba con su compañera hacia la pista de baile.

–Vamos –Sandy urgió a la otra–. Dime quién es esa persona tan excitante antes de que explote de curiosidad. ¿Bratt Pitt?

–Mucho mejor –respondió la otra–. ¡Oh, Dios, no puedo creerlo! No miréis, pero creo que… sí. Viene hacia acá –cuchicheó excitada.

–Baila conmigo, Kate –dijo Ian bruscamente.

–Gracias, Ian, pero realmente no me apetece –respondió Kate con una sonrisa.

Ian se levantó tambaleante.

–Yo haré que te apetezca –se jactó, al tiempo que aferraba la muñeca de Kate.

–De veras que no quiero bailar, Ian –insistió Kate mientras intentaba liberar la mano lamentando haber aceptado el ofrecimiento del joven de ser su acompañante en la fiesta.

–Sí que lo harás.

–La dama no desea bailar contigo –dijo una gélida voz acerada detrás de Kate.

Pálida, la joven sintió que se helaba y segundos después se ruborizaba intensamente, con el corazón martilleando en su pecho.

Irritado, Ian se volvió a mirar. Si hubiera estado menos ebrio, su instinto de conservación le habría aconsejado no enfrentarse a ese rival, pero no lo hizo. Aunque no pudo resistir la burlona mirada de esos penetrantes ojos azules.

Kate, temblando como una hoja, decidió no mirar al intruso. Sin embargo, el sonido de su voz y su suave aroma le revolucionaron el sistema nervioso.

–Ian, déjalo, por favor –dijo al tiempo que se levantaba de la mesa con las piernas flojas–. Bailaré contigo –accedió, con una sonrisa forzada.

Mientras tanto, en su interior se agitaban las emociones. Tenía que encarar el hecho de que no era una de sus habituales fantasías. Javier estaba allí, detrás de ella.

Sin poder resistir el deseo de volver la cabeza, lo miró

abiertamente.

¡Su aspecto era exactamente igual al que ella recordaba, incluso mejor!

Lucía extremadamente atractivo en su elegante traje oscuro y muy seguro de sí mismo en ese entorno.

Kate apenas notó el silencio que se hizo en la mesa y el interés que esa figura suscitaba entre sus compañeros.

Como si sintiera el escrutinio de Kate, la mirada de zafiro se volvió al rostro de la joven como si quisiera memorizar cada detalle. Bajo esa mirada, a Kate se le borró todo lo de su alrededor.

–No vas a bailar con este hombre, Kate –ordenó con firmeza. Como si diera por descontado que ella iba a obedecer, de inmediato volvió la mirada al joven abogado y a la mano todavía aferrada a la muñeca de Kate–. ¡Suéltala! –ordenó en un murmullo aterciopelado.

–¿Y quién lo dice?

A modo de respuesta, los dedos de Javier aferraron la muñeca de Ian. El joven se puso pálido y soltó la mano de Kate con un juramento.

–Tú vas a bailar conmigo.

La sorpresa dejó a Kate con la boca abierta y jadeante.

–Tus deseos son órdenes para mí.

Un humillado Ian se abalanzó hacia ellos antes de que Javier pudiera responder a la cáustica réplica de Kate.

–¿Quién demonios te crees que eres intentando robarme la novia?

El peligro que acechaba bajo la elegante sonrisa de Javier finalmente hizo mella en la bravata de Ian que retrocedió inmediatamente.

–¿Novia? –preguntó, con una ceja alzada.

–¡Tú eres Javier Montero! –exclamó Toby que volvía a la mesa con su novia–. Una persona muy influyente –le explicó al pálido Ian–. Si alguna vez necesitas un buen abogado, ese es Toby Challoner –sonrió al estrechar calurosamente la mano del recién llegado.

Javier sonrió divertido.

–Lo tendré en cuenta –prometió, antes de volverse a Kate.

Ella miró la mano que le tendía.

–No me importa quién sea. Tú no vas a bailar con él, Kate –

insistió Ian.

–Por Dios, cállate de una vez, Ian. Bailaré con quien me plazca.

–¿Y quieres bailar conmigo, verdad, Kate? –sugirió Javier al tiempo que le alzaba la barbilla–. No puedo creer que nunca hayamos bailado juntos, querida.

Kate no podía comprender qué hacía Javier allí, a menos que quisiera pedirle el divorcio, pensó de pronto.

El rumor que recorrió la mesa fue perfectamente audible.

–Y yo no puedo creer que me hagas esto, Javier –dijo con la voz enronquecida.

–Así que conoce a nuestra Katie –exclamó Toby, con su habitual buena fe–. Y te lo tenías callado.

–Algo así –repuso ella vagamente, mientras sentía la presión de los dedos de Javier en los suyos.

Entonces, alzando la cabeza con altanería, él la atrajo hacia sí.

–Ese «algo así» quiere decir que Kate es mi esposa –anunció con una brillante sonrisa dirigida a la audiencia.

A Kate se le quedó grabada la expresión conmocionada del pálido rostro de Ian.

–¡Oh, Dios mío! –gemía una y otra vez mientras él casi la arrastraba a la pista de baile–. ¿Qué pretendes, Javier? –preguntó al fin.

–Atiende a la música, querida.

–¿Qué haces aquí? ¿Estabas en la ciudad sin nada que hacer y de pronto decidiste venir a arruinarme la vida? Es como para reírse.

–Yo no me rio.

Y de hecho era así. Sus ojos estaba fijos en el rostro alterado de la joven.

–Si quieres un divorcio rápido, no pudiste haber elegido una forma peor de pedir mi cooperación –le advirtió–. Una sencilla carta de tu abogado habría sido suficiente. En este momento siento deseos de amargarte la vida.

El rostro de Javier se suavizó.

–Eres absolutamente incapaz de albergar malas intenciones.

–¿Es que no lo entiendes? Ahora todo el mundo lo sabrá –Kate alzó la vista al rostro moreno mientras su cuerpo, guiado por Javier, respondía automáticamente al suave ritmo de la música. Ambos se movían en perfecta armonía, como si fueran un solo ser.

Una puñalada de deseo laceró el cuerpo de Kate. Incapaz de controlarla, notó que sus hambrientos sentidos reaccionaban con ansia al contacto del cuerpo, del aroma del hombre.

Con una ligera presión de los dedos en la base de la columna, Javier la atrajo más hacia su cuerpo y Kate sintió el contacto de sus muslos. De pronto lo miró asombrada al sentir la turgencia de su virilidad y él le respondió con una brillante sonrisa.

–Cierto, y eso puede limitar tu vida social. Aunque tu admirador se veía un poco desmejorado.

El despliegue de tal hipocresía hizo que Kate perdiera el compás.

–Incluso si Ian fuera mi novio, que no lo es, me parece que no es asunto tuyo.

–Sí que es asunto mío –declaró con toda calma–. Estás hermosa esta noche, querida –continuó despreocupadamente ante la mirada atónita de Kate.

–Y tú también –admitió sin querer, sumida en sus reflexiones–. ¿Qué quieres decir con eso de que es asunto tuyo?

–Quiero decir que casarse deprisa…

–Y por motivos equivocados…

–Tienes razón –concedió impaciente–. No anula el compromiso que aceptamos al pronunciar los votos.

–¿Desde cuándo piensas eso? –preguntó, angustiada–. Tú fuiste el que se alejó de mí.

–Y no sabes cuánto me costó; pero creí que eso era lo que querías. Pensé que deseabas volver a la vida que yo te había robado.

–Y es lo que quiero –replicó en un murmullo desafiante.

–Fui un tonto.

–¿Has venido a pedirme el divorcio?

Sin ninguna advertencia, Javier se detuvo en seco en medio de las parejas que bailaban y que los miraron con curiosidad.

–Te he echado en falta.

Kate apagó con firmeza la llama de esperanza que se encendió en su pecho y negó con la cabeza obstinadamente.

–No te creo.

–Déjame convencerte –dijo con autoridad.

Por primera vez, ella notó signos de tensión en su cuerpo.

–Has adelgazado –comentó, preocupada.

A modo de respuesta, Javier se encogió de hombros.

–¿Si?

Posiblemente se debía a la tensión por la muerte del abuelo y a las responsabilidades que habían caído sobre sus hombros, además de preocuparse de que Luis González tuviera su merecido castigo. Al parecer, nadie de la familia había tenido la sensibilidad de percibir que Javier también necesitaba de sus cuidados.

Si hubiera sido su esposa, en el verdadero sentido de la palabra, ella se habría encargado de hacerlo.

–Todo el mundo tiene sus límites, Javier, incluso tú.

Él dejó escapar una extraña risa y su mirada se oscureció.

–Por si no lo hubiera sabido, los últimos seis meses me han enseñado eso y muchas cosas más que antes ignoraba.

La preocupación de Kate aumentó al notar que unas finas gotas de sudor perlaban su frente. Ella bien sabía que Javier era insensible al calor, aunque superara los treinta grados.

–¿Lo has pasado muy mal?

–Ha sido el infierno. Dime, ¿sales con otra persona? –preguntó con los dientes apretados.

–¿Y si así fuera? –respondió, impulsada por algún diablillo perverso. Los labios de Javier se convirtieron en una dura línea.

El orgullo le impidió a Kate confesarle su ternura al advertir el despliegue de emociones primitivas que cruzaban por su rostro tan atractivo.

–Por Dios, Kate, no juegues conmigo porque no soy de piedra –dijo luchando por controlarse.

Sacudida por sus palabras, Kate se aclaró la garganta.

–No, no salgo con nadie, Javier. Quizá porque tú me quitaste el deseo de conocer a otros hombres –confesó, con gran alivio interior.

Cuando al fin reunió el valor para mirarlo, sintió que el corazón se le estrujaba al ver la tierna expresión de triunfo en ese rostro devastadoramente apuesto.

–Así debe ser, mi señora, porque a mí me ha sucedido lo mismo. Creo que me enamoré desde el primer momento en que te vi. No me di cuenta hasta cuando te desmayaste a la salida de la iglesia. Fui muy egoísta, y estaba seguro de que tú me despreciabas. Y como un tonto me separé de ti. Tenía demasiado temor a tu rechazo para pedirte que te quedaras conmigo, pero ahora, como puedes ver, mi

orgullo se ha hecho trizas.

–No tanto –rio Kate mientras le acariciaba la mejilla.

Javier murmuró su nombre antes de besarle con fervor la palma de la mano.

–No puedo creer que esto sea real –dijo ella, y luego se mordió los labios para evitar las lágrimas. Si empezaba a llorar temía ser incapaz de detenerse–. He soñado tanto con este momento, pero nunca creí que se iba a convertir en realidad.

–Creo que sé cómo convencerte.

Kate se entregó al beso de Javier en cuerpo y alma. La caricia llegó a su fin cuando oyeron una voz muy cortés junto a ellos.

–Perdonad la interrupción.

–¡Toby! –exclamó Javier, menos seguro que de costumbre.

–He interrumpido porque pensé que os interesaría saber que la música ha dejado de sonar hace cinco minutos y que sois blanco de todas las miradas –informó, con una mirada de simpatía a las mejillas ruborizadas de Kate.

–¡Oh, Dios! –gimió la joven, súbitamente consciente de que se encontraban solos en medio de la pista de baile y que todo el mundo los miraba con curiosidad.

–Mi señora, no tienes que avergonzarte de besar a tu marido –le reprochó Javier antes de mirar a la concurrencia con tan suprema indiferencia que Kate sintió envidia.

–Quizá deberías culpar a mis inhibiciones, tan inglesas.

–La verdad es que no me había dado cuenta de que las tuvieras –replicó Javier, con un brillo burlón en los ojos.

Kate lanzó una mirada a Toby, que con todo tacto se examinaba las uñas.

–¡Por amor de Dios, Javier! –reprochó, a punto de echarse a reír.

Javier sonrió complacido al ver el rubor de la joven.

–Estamos en deuda contigo, Toby –dijo amablemente–. ¿Hablas castellano?

El joven abogado lo miró sorprendido.

–Bastante bien, aunque mi pronunciación no es perfecta –admitió.

–Bueno, si hablabas en serio en cuanto al trabajo, llama a este número –dijo de manera casual al tiempo que le tendía una tarjeta.

–¿Hablas en serio? –preguntó, sobresaltado.

–Siempre lo hago, especialmente en asuntos de negocios –respondió con una sonrisa–. Ahora, si nos perdonas, Kate y yo nos vamos a retirar.

–Qué bien –murmuró ella.

–¿O prefieres que continuemos la conversación aquí?

–No estábamos hablando.

–Por eso sería prudente irnos a un sitio más privado. Verás, tengo un enorme deseo de hacer el amor con mi esposa.

–En ese caso, vámonos ya.

Kate suspiró aliviada cuando al fin llegaron a la salida del establecimiento.

Había intentado imitar la espléndida indiferencia de su marido ante las miradas y murmullos que los habían acompañado hasta la puerta, pero no había sido fácil. En cuanto a Javier, en un momento dado sus reservas de tolerancia se agotaron al verse acosado una y otra vez por personas que alegaban conocerlo y se acercaban a saludarlo.

–Ser rico y famoso no excusa los malos modales –le reprochó Kate.

De inmediato Javier aceptó su culpabilidad.

–Lo sé, pero estoy desesperado por hacer el amor contigo.

–Piensas que soy muy fácil de convencer, ¿verdad? –lo acusó, al tiempo que alegremente se dejaba llevar en brazos.

–Pienso que eres la bruja más dulce y cautivadora del mundo.

–Creo que tienes razón. Estuviste muy amable con Toby.

–No fue amabilidad. Confío mucho en las primeras impresiones y mi primera impresión me dice que es leal, pero con un criterio independiente. Ese tipo de persona es muy difícil de encontrar.

Kate le lanzó una mirada de inocencia.

–Así que tus primeras impresiones nunca fallan, ¿verdad? ¿Y qué piensas de la primera impresión que tuviste de mí? –preguntó, con una mirada risueña.

–La primera impresión que tuve de ti fue absolutamente correcta –aseguró–. De inmediato supe que serías mi problema.

–Y será mejor que lo creas de verdad –le advirtió, con una sonrisa provocativa.

Kate le rodeó el cuello con los brazos cuando de pronto se vio sorprendida por la luz cegadora de una cámara fotográfica.

De inmediato, él la protegió de la vista del fotógrafo oportunista.

Javier se movió con rapidez; pero incluso cuando estuvo sentada en la lujosa limusina que se había detenido ante la puerta principal, no pudo evitar la cámara que la fotografiaba a través de la ventanilla.

Javier, pálido de rabia, le dio instrucciones al chófer y luego presionó un botón para bajar el cristal ahumado que los separaba del asiento delantero.

–¿Esto sucede muy a menudo? –preguntó Kate mientras se reclinaba contra el cómodo respaldo del asiento.

Javier observó con preocupación su rostro pálido y alterado.

–Me temo que sí. Siento exponerte a esto, querida, pero alguien que nos vio en la fiesta tuvo que haberse puesto en comunicación con la prensa. Debí suponerlo –dijo, con el ceño fruncido.

–No fue muy agradable –admitió ella–. Pero será mejor que me acostumbre. Bueno, si de verdad quieres que nuestro matrimonio sea auténtico.

–¿Sabes que a veces eres increíble? ¿Te das cuenta de que al ser mi esposa ya no podrás vivir en el anonimato?

–Como tu esposa estoy decidida a soportarlo –dijo con timidez.

Los ojos de Javier brillaron de alegría mientras la atraía hacia su cuerpo.

–Soy el hombre más feliz del mundo.

Después del abrazo, Kate quedó sin aliento. Javier se reclinó en el asiento antes de aflojarse la corbata.

–No va a ser tarea fácil combinar tu carrera y el matrimonio –comentó mientras la observaba cuidadosamente–. Tendrás problemas para adaptarte y organizar tu tiempo.

–¿Me estás pidiendo que elija entre tú y mi carrera?

–¿Por quién me tomas? ¿Crees que soy incapaz de respetar tus esfuerzos? Nunca intentaría destruir aquello que te convierte en la mujer que amo. Eres brillante, valiente, a veces exasperante y testaruda; y desde luego, divertida –dijo mientras le acariciaba los sedosos cabellos–. Crees que sabes más que yo y admito que eso es bueno para mí.

–De vez en cuando te voy a recordar lo que acabas de decir.

–Solía pensar que quería una mujer que necesitara mi protección frente a las durezas de la vida.

–Sarah…

Javier asintió con tristeza.

–Eso habría sido un absoluto desastre –confesó–. Su vulnerabilidad me conmovió profundamente. Y no te rías por lo que voy a decir, pero me vi como su caballero andante. Pero ella no necesitaba un caballero andante ni un asistente social, solo un hombre que la amara, y fue lo suficientemente sabia como para reconocerlo apenas lo vio.

–Ocasionalmente también puedo ser débil –observó la joven.

–El hecho de haberte conocido me ha enseñado que es mucho más excitante tener una compañera que me sorprenda constantemente. En cuanto a tu carrera, desde luego que puedes seguir trabajando. Solo que va a requerir que adaptemos nuestros horarios –dijo mientras le acariciaba el lóbulo de la oreja–. No sabes cuánto te he echado de menos. Cuando ocurría algo importante, me decía que debía contártelo y luego me daba cuenta de que te encontrabas muy lejos. Muchas veces fui al teléfono para llamarte, desesperado por oír tu voz… solo que el estúpido orgullo me impedía marcar tu número.

A pesar del placer que le producía la suave caricia de Javier, Kate se apartó de él. Tenía que decírselo en ese momento. La joven se aclaró la garganta y él la miró con cautela..

–Realmente, Javier…

–¿Qué te preocupa, querida? –preguntó al tomarla de la barbilla con las manos.

–Me temo que la adaptación de nuestros horarios va a ser bastante más complicada.

–¿Por qué?

–Bueno, sabes que yo no era supersticiosa.

Javier se puso intensamente pálido.

–¿No querrás decir…? –balbuceó, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

Kate asintió.

–Sí –dijo, con fingida ligereza–. Me hice dos análisis por si estaba equivocada; pero sí, definitivamente estoy embarazada.

–¿Y te sientes…? –preguntó, inalterable.

–Esta mañana, enferma como un perro –admitió–. Y no puedo soportar el aroma del café…

–Quiero decir, ¿cómo te sientes en tu interior?

–Bueno, nunca he sido muy maternal –dijo concentrada en su vientre, sin notar la expresión desesperada de Javier–. Pero una vez que hubo pasado la conmoción, me puse a bailar en mi dormitorio como una idiota y ahora estoy a punto de echarme a llorar –confesó–. Desde luego que no espero que sientas lo mismo…

Javier le tomó las manos y se las llevó a los labios.

–¿Cómo podría no sentirme encantado al saber que la mujer que amo espera un hijo mío? Solo me preocupaban tus sentimientos. Pensé que podrías pensar que te habías quedado embaraza debido a mi imprudencia. Fui muy irresponsable.

–Oye, se te olvida que yo también estaba allí. Y no recuerdo haberte echado a palos. La verdad es que disfruté mucho haciendo este niño.

Javier observó su expresión desafiante con una mirada divertida.

–Yo también disfruté haciéndolo.

–En lo que a mi concierne este es un embarazo muy deseado, Javier. De hecho hay una sola cosa que me preocupa.

–¿Y qué es?

–Me preocupa saber cuándo volveremos a comportarnos como un par de irresponsables.

–Estoy a tu disposición –respondió Javier, con una tierna sonrisa.